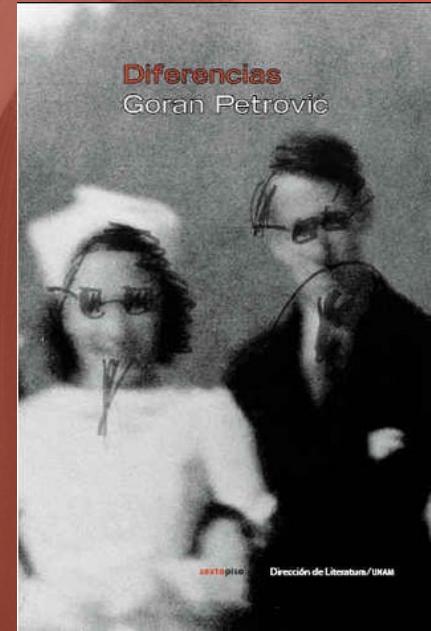


La Escalera

Lugar de lecturas



Visita al territorio
de Petrović



Diferencias
Goran Petrović

sextopiso Dirección de Literatura/UFM

BAJO EL TECHO QUE SE ESTÁ
DESCARAPELANDO

A principios del mes de mayo

A principios del mes de mayo hace ya dos décadas, el año no lo cito adrede, fui al cine Sutjeska. Daban una película cuyo título no puedo recordar. Ni siquiera puedo recordar, aunque eso tal vez no sea gratuito, si la película era de ficción o documental.

Sea como fuere, la sala de cine ya estaba en mal estado, al menos no he olvidado eso. En realidad, la habían descuidado tras la nacionalización del hotel Jugoslavija después de la segunda guerra mundial (al cual había pertenecido originalmente), y aunque fue remodelada en varias ocasiones, nunca fue propiamente renovada. Creo que como tal había sobrevivido a duras penas hasta finales de los ochenta, luego fue cerrada aparentemente de manera temporal, pero a la fecha no ha recuperado su función original.

En la ciudad quedó sólo el cine Ibar, el que forma parte del hotel Turist. Pero ésta no es una historia acerca de él, pese a que habría cosas que agregar a ese respecto también.

La gente pegaría chicles por todas partes, incluso en el paraíso

A decir verdad, aparte de muchas otras dudas, ni siquiera estoy seguro de cuál de las tres funciones habituales de la tarde se trataba aquella vez. Sin embargo, el día mencionado, lo recuerdo muy bien, a principios del mes de mayo, hubo pocos espectadores, apenas una treintena. Antes de apagar la luz principal y dar la señal con una campanita al operador de cine de que la función podía empezar, el viejo acomodador Simonović echó un vistazo más con decepción a las filas incompletas y, acostumbrado a que nadie lo

escuchara, citó como para sí mismo una parte del manual *Sobre las medidas y el comportamiento a seguir en caso de emergencia*:

—El visitante debe abandonar el espacio en cuestión con calma, sin pánico, siguiendo las instrucciones de la persona responsable y las señales iluminadas...

Dijo algo parecido, como para cumplir con su propia conciencia, ya que desde hace mucho había perdido la esperanza de que allí pudiera ocurrir algo peligroso. Dijo algo parecido, en un tono bíblicamente grave, al menos para demostrar el conocimiento adquirido en un curso de Protección Civil, ya que no tenía oportunidad, como en una película, de salvar personalmente almas humanas de una situación infernal.

Era cierto, aquí no pasaba nada, el repertorio era cada vez peor, cada día había menos espectadores, y Simonović ya no tenía que seguir diciendo nada. Llevaba años abatido. ¡¿Dónde se perdió aquella «época de oro» durante la cual lo veían con reverencia, casi como a San Pedro, como si fuera guardián de las puertas del cielo (en forma de la puerta de entrada de dos hojas del cine Sutjeska)?! ¡¿Dónde estaban aquellos tiempos cuando de él dependía quién iba a entrar con solemnidad y quién ni siquiera podía soñar con asomarse?! Tal como estaban las cosas —lo intuía— su dignidad se le iba escurriendo, sentía que cada día rompía los boletos con menos ganas, que esa gentuza arrogante pensaba que por unas cuantas monedas tenía derecho a todo... Ya nadie lo respetaba siquiera como acomodador que era, cada uno se sentaba donde le daba la gana... Sí, la gente era así... No cabía duda, si se les dejara, si no se les vigilara, algún día grabarían con una navaja sus nombres, o las fechas y mensajes que les importaban, sobre cualquier pedazo de madera, incluso en el paraíso. En ese mismo paraíso también pegarían por todas partes chicles o andarían escupiendo a su alrededor las cáscaras de pepitas de girasol y de las demás semillas que se vendían en cucuruchos.

Nada de eso tuvo que decir el viejo Simonović. Se daba a entender por la expresión abatida de su rostro, mientras con

movimientos desganados corría la pesada cortina de terciopelo azul marino sobre la puerta de entrada. Mucho más pesada, porque desde aquella «época de oro», cuando fue comprada en la mejor tienda de telas De Louvre, nunca se le sacudió realmente el polvo.

La habituación

No, ni con las mejores intenciones, es posible continuar enseguida. El cambio es demasiado brusco. Es necesario que pase algo de tiempo, aunque sean unos cuantos instantes, para que los ojos se acostumbren a la penumbra. Por eso es imprescindible entretener a uno con algo, con cualquier cosa. Y sólo entonces será posible ir distinguiendo un destino humano del otro, aquí y allá, fila por fila.

El brazo que vota

Como siempre, en la primera fila estaba sentado con perseverancia el compañero Avramović, después llamado El Hombre matrioshka, por muchos años un destacado activista del partido, desde hace tiempo despedido de todos los puestos, pero no debido a su aire arrogante hacia los subordinados, mucho menos por la actitud condescendiente hacia sus superiores, sino por haberse «descarriado» en una reunión muy importante y decisiva, es decir, por no haber escogido la fracción correcta, la ganadora. En aquel entonces, unos años atrás, se distrajo demasiado en un restaurante cercano, se entretuvo de más en la pausa para comer (con unos filetes al cazador y la ensalada de temporada perfectos) de modo que pasó por alto el cambio de fuerzas entre las partes contrincantes. Así que hizo una estimación equivocada y cuando regresó a la sala de conferencias —votó por la opción perdedora.

Y aunque ya nadie lo invitaba a ningún tipo de reuniones, ese viejo hábito de sentarse en la primera fila, siempre en el extremo

izquierdo, se le quedó al compañero Avramović cuando iba a las veladas literarias aburridas hasta la muerte, a los recitales, a las gradas, incluso, al cine. Sin importarle que desde tal cercanía, desde apenas 3 metros de distancia, no viera absolutamente nada. Hecho que no molestaba al compañero Avramović en lo más mínimo. En el cine Sutjeska, al igual que antaño en las reuniones más importantes del partido, él por lo general mantenía los ojos cerrados con una expresión de felicidad en el rostro. De vez en cuando, más o menos cada quince minutos, también por costumbre, levantaba enérgicamente el brazo derecho como si votara por algo importante.

El compañero Avramović «estiraba» el brazo derecho de manera completamente casual e incoherente también en otras situaciones de la vida: paseando por la ciudad o por un parque, estando en el mercado, leyendo el periódico, viendo la televisión, sentado en su terraza, incluso, acostado en el lecho matrimonial. El doctor Mile Marković Grof, internista, cuyos diagnósticos eran cabales, no podía dejar de sorprenderse; dijo que la medicina no conocía una contracción espontánea simultánea de tantos grupos de músculos.

—Vamos, una vez más... Levántelo... Bájelo... Levántelo... Es suficiente... Está bien, reacciona a tiempo... Ya, hombre, es suficiente, no tiene que hacerlo de nuevo, es más que suficiente, puede vestirse... ¿Sabe todo lo que se necesita para coordinar esta acción: los músculos del hombro, del brazo, del antebrazo, de la mano... el deltoides, el coracobraquial, el bíceps braquial, el redondo mayor, el flexor común superior y profundo de los dedos, el flexor largo del pulgar, el abductor largo del pulgar, el oponente del pulgar, el extensor propio del meñique...? ¡Ya para qué le enumero! Señor, cuando usted hace eso, cuando vota, sabe, usted utiliza más de sesenta músculos. Ni siquiera tomo en cuenta los demás órganos... —el doctor Mile Grof se dio dos golpecitos en la sien.

—Por favor, compañero, no, señor... —se alarmó Avramović.

—No se preocupe... —continuó el doctor Mile Grof—. Primero, de eso no se muere. Segundo, es preciso que vaya con un

neurólogo. Tercero, lo voy a referir a un ortopedista también... Aunque estoy seguro de que mis colegas le dirán lo mismo: ese ademán incontrolado sale directamente de su columna. Compañero, ¿no habrá tenido hace poco una contusión o compresión de la columna?

—No que yo sepa —Avramović mintió de manera inadvertida.

Y jamás siguió el consejo del internista Mile Marković Grof. Porque jamás consultó a un especialista. ¿Qué cosa mala iba a pasarle? De aquello, de levantar la mano, no se muere uno. Luego entonces, a él mismo, que era lo más importante, no le iba a pasar nada.

Por conocido

En la segunda fila, a su vez, se repantingaba como de costumbre el famoso borracho local, un tal Bodo, equipado a modo de excursionista con al menos dos cervezas, media barra de pan y varias rodajas de salami alpino. Tenía el hábito de comer en el cine muy a gusto, de acompañar todo con el alcohol adecuado, soltar un eructo sonoro y un bostezo, y luego, después de ponerse unos lentes de sol baratos, quedarse dormido en un instante, durmiendo el sueño de los justos. Sin prestar atención en lo más mínimo a lo que sucedía en la pantalla grande.

Bodo no pagaba el boleto de cine; el viejo Simonović le permitía entrar «por conocido», y éste ya lo consideraba un privilegio intocable. (Aunque el abatido acomodador Simonović lo hacía más bien por su propia carrera. Era una de las maneras de restaurar, ante todos, la socavada confianza en sus «atribuciones», de comprobar ante todos el hecho de que de él dependían más cosas de lo que solían pensar en los últimos tiempos.)

Siendo un adicto irremediable a quien los trabajadores sociales varias veces impusieron el tratamiento obligatorio, Bodo tenía «bases» en varios lugares en la ciudad, y en su bolsillo un plan con

los puntos «de recursos actualmente disponibles de nivelación de la realidad» trazados con precisión. De interpretarse de manera correcta la leyenda del mapa, sería aproximadamente así (pero, insisto, es sólo aproximadamente, para que alguien no piense que los «recursos» aún siguen ahí y no pierda su tiempo buscándolos en vano):

—tres círculos: tres botellas de vino rosado de Trstenik ubicadas en el parque de la ciudad bajo la lápida de la cripta de los partisanos caídos, siempre accesibles excepto en los días de fiestas nacionales, cuando ahí colocaban las coronas de flores;

—un cuadrado: una botella de aguardiente con ajenjo en el depósito de agua del retrete para hombres, en el primer piso de la policlínica donde se encontraban los consultorios de psicología y psiquiatría (las enfermeras en el departamento de admisiones no podían creer lo que veían con sus propios ojos: Bodo llegaba a sus citas «vectorialmente» y regresaba «oscilatoriamente»);

—un trapecio: un botellín del amargo licor *vlahovac* en el polvoriento boj junto al edificio de la Dirección General de Policía, por lo que siempre que lo detenían por andar borracho, Bodo se apuntaba como voluntario para arreglar el seto vivo, aunque a veces lo encerraban por la simple poda primaveral;

—un rectángulo: siempre un poco de aguardiente frío en el registro de inspección junto al Medidor de agua en los alrededores del Club de kayak, enseguida después de bajar la escalera hasta el río, con la característica de que este aguardiente era suave, es decir, menos fuerte, casi una «variante deportiva»;

—un sinfín de triángulos: los «avioncitos» de un decilitro, dispersos por toda la ciudad...

Sólo había que llegar a salvo de un punto al otro siguiendo el sistema de coordenadas.

El ovillo de estambre siempre listo

Enseguida detrás de Bodo, a la mitad de la tercera fila, se había acurrucado un tal Veyka, en cualquier época del año envuelto en una gabardina demasiado holgada. Cuando los policías «en entrenamiento» le pedían su identificación y le preguntaban con soberbia dónde tenía su domicilio fijo, él solía contestar:

—¿Cómo que dónde? ¿Y tú, dónde tienes los ojos? ¡Ves que vivo en la gabardina! El número de casa XXXL. Es espaciosa, tiene cinco bolsillos cómodos, un cuello alto y es impermeable.

Veyka, además, era ligero como una pluma. Con dificultades alcanzaba los cincuenta kilogramos, siempre y cuando se pesara en la báscula para mayoristas del mercado que mostraba un peso mayor, a favor de los intermediarios. Se retiraba de las calles con que apenas una hojita de los viejos tilos que flanqueaban la plaza mostrara el más leve meneo, y no digamos si se moviera. Es decir, todo el tiempo sentía pavor de que se lo fuera a llevar el viento: por acá, por allá... tan lejos que no iba a saber regresar. Tal vez por eso siempre llevaba un puñado de dinero suelto en los bolsillos de su gabardina. Por la carga jamás aceptaba como caridad el papel moneda, sólo el metálico, apreciándolo por su peso y no por el valor nominal. Probablemente por eso, en los bolsillos siempre guardaba el cambio y dos o tres pequeños ovillos de estambre rojo, uno de cuyos extremos estaba ensartado en el ojal de la solapa de aquella gabardina, ensartado, y luego anudado. Él detestaba sedales y otros cordones de plástico, y estaba convencido de que el estambre rojo era bueno contra los maleficios.

Prestando oídos a cualquier susurro, desconfiado ante un estornudo o suspiro fuerte, Veyka todo el tiempo buscaba donde refugiarse. Apuntando al cielo, le repetía en confianza a todo el mundo:

—Créanlo o no, sean quienes sean, los norteamericanos o los rusos, pero alguien arriba quitó el pestillo y abrió la puerta, ventana, lumbreña, o lo que sea... ¿Sienten cómo el viento ulula directamente del universo? Y ustedes oreándose todo el tiempo, un día la

corriente cósmica nos esparcirá a los cuatro vientos como a la paja del año a anterior.

Dios Padre Santo

Así eran las cosas con Veyka, pero la cuarta fila estaba reservada para los romi. O como se decía en aquel entonces, para los gitanos.

Aquella vez, ahí estaban sentados sólo dos de ellos: Gagui y Dragan. Para diferenciar, si es que eso fuera posible: el nombre de pila de Gagui era Dragan, en tanto el sobrenombre de Dragan era Gagui. El primer Gagui, un poco mayor, era analfabeto, así que el otro le leía siempre lo que estaba escrito en los subtítulos, sí, allá, abajo...

Sin embargo, dado que el más joven tampoco era muy ducho en el alfabeto, es decir, como los diálogos escritos cambiaban más rápidamente de lo que él lograba seguirlos (además, a veces ni siquiera se veían bien, porque las apiñadas letras parecían deslavadas por un blanqueador) Dragan «improvisaba» mucho, agregando cosas que no se habían dicho. Ya para el primer cuarto de la función solía dejarse llevar tanto que interpretaba las réplicas según su propio juicio. Y luego seguía entusiasmándose cada vez más. Es curioso cómo una misma historia, dependiendo de la «confiabilidad» del intermediario, puede contener afirmaciones completamente distintas. Las únicas películas que no le gustaba a Dragan ver con Gagui eran las nacionales. Allí no tenía espacio para «agarrar vuelo». Además, en las películas nacionales todo el mundo estaba convencido de haber comunicado exactamente lo que reflejaban sus bocas.

Hay que destacar que el Gagui mayor veía a Dragan con respeto, como a «Dios Padre Santo». Aun cuando resultaba claro que Dragan inventaba cosas.

—¡No te saltes! ¿Qué dice, qué acaba de decir ahora? —Gagui le daba un codazo al compañero cada vez que éste se detenía, a

pesar de que los actores «en la pantalla» callaban de manera expresiva y dramática.

—¡¿Y qué quieres ahora?! ¡¿Quieres que mienta?! — argumentaba Dragan con supuesto enojo—. ¡Nadie dijo una sola palabra! ¡¿Acaso no lo oyes?! ¡Sólo el actor principal te ha saludado a ti en persona, asintiendo con la cabeza!

Metida de narices en la acción de la película

—¿No me diga? ¡¿No le da vergüenza engañar a ese hombre?! — clamaba desde la quinta fila el demasiado formal señor Djordjević.

Por si a alguien le importan los detalles: Djurdje Djordjević, el profesor de preparatoria de lengua serbocroata y literatura yugoslava en aquel entonces. Jubilado antes de tiempo. A pesar de que le «aconsejaron» lo contrario, había calificado la pésima composición escrita sobre una fiesta nacional de un miembro de juventud progresista que finalizaba con palabras entusiastas: «¡Viva el compañero Tito!», con el comentario: «¡Viva! ¡Claro que sí! ¡Reprobado con uno de calificación!»

—¿Acaso finge que no me oye? Pregunto, ¿cómo no le da vergüenza engañar a ese hombre? —solía repetir el señor Djordjević, que de por sí pertenecía a la clase de gente que podríamos denominar infinitamente persistente.

Dragan, tal vez por la conciencia intranquila, callaba. Sin embargo, sabía cuánto exageraba. No quería entrar en polémica. No obstante, Gagui se daba la vuelta y retrucaba:

—¡Caray, viejo, metes tus narices demasiado en la trama de la película! ¿Acaso estás celoso de que el principal me haya distinguido sólo a mí?

Lo cual, a su vez, provocaba al testarudo señor Djordjević a que se cambiara de asiento a uno más cerca, se inclinara y tratara de proceder de manera pedagógica. Hablaba despacio, «afilaba» las palabras, podía hacerlas pasar hasta por las orejas de un sordo:

—Joven, tal vez usted lo ignora, pero su amigo miente sin escrúpulos y sin cesar. Lo escucho una y otra vez, y me pregunto cuándo va a detenerse. Lo puede hacer, desde luego, porque usted es analfabeto... Por otro lado, retuerce un arte como es el fílmico de manera burda. Si me permite, yo le aclararé lo que los actores realmente dijeron...

Pero eso no servía. A Gagui no le gustaba lo que el señor Djordjević leía. Poco después, volvía a darse vuelta y refunfuñaba:

—¡Al carajo contigo y con tu arte! No tienes ni idea, siempre pecas de quisquilloso. ¡Dragan lee como Haile Selassie, emperador de Etiopía!

Al final, el señor Djordjević se regresaba a su antiguo asiento en la quinta fila, no sin antes concluir:

—¡Pues no será así, aún no ha terminado, aún no hemos esclarecido quién dijo qué a quién!

Treinta años de preparativos

Por supuesto, todo eso lo habría oído Eraković de la séptima fila.

—Así es, profesor. Hoy en día, el arte no se aprecia —apoyaba al señor Djordjević en voz alta, lo cual a éste último no le importaba ya que no soportaba a Eraković.

El tal Eraković era artista. Es decir, aún no lo era, pero cada día de los treinta años pasados se había estado preparando muy seriamente para llegar a serlo. Por donde diera un paso, Eraković estaba siempre acompañado de su esposa, es decir, la tal Eraković. Ella era además la única persona en el mundo que creía sin reservas que Eraković tendría éxito. Principalmente porque a través de él se enteraba de las verdades recién descubiertas sobre ese mismo mundo. Dichas sabidurías estaban formuladas con precisión, a lo mucho en dos o tres frases, porque Eraković las encontraba, en realidad, en diccionarios, lexicones, enciclopedias, y citaba las mismas sin escatimar. Pero la Eraković no podía saber eso. Aun si

lo hubiera sabido, le habría creído más a Eraković. Ella amaba y creía. Debe ser que esos sentimientos lindan uno con el otro. Después de todo, si llegaba a abrir alguno de esos mamotretos, apuntaba con el dedo airadamente a la raya del texto:

—¡Vaya! Mira, por favor, ¡¿cómo no les da vergüenza?! Te plagiaron esto. No andes presumiendo tus cosas por todas partes. ¡Debes cuidarte dónde y ante quién hablas!

Desde luego, el lugar de ese matrimonio por ningún motivo debía ser en la parte baja de la sala del cine, pero estaba sentado allí, más cerca de la pantalla, para que Eraković pudiera captar con mayor precisión las «expresiones» de los actores. En los últimos tiempos consideraba muy seriamente la perspectiva de probarse en el campo del cine. La Eraković volvió a creérselo. Y lo apoyaba de buena gana. Una vez, cuando su esposo experimentó una caída de ánimo y confesó:

—¡Mi cabeza va a estallar! ¡¿Cómo pueden aprenderse tanto de memoria?! Creo que jamás llegaré a ser actor. Tal vez sería más prudente que me dedique a la creación pictórica...

Una vez, cuando dijo eso, ella lo consoló con prontitud:

—¡Qué importa! A mí me da igual.

Las voces individuales duplicadas

Sin embargo, otros no creían eso tan firmemente. Sobre todo no los mugrosos pillos del lugar, Ž. y Z. Donde fuera que se sentaran los Eraković, a estos dos les gustaba sentarse detrás de ellos. En el cine: en la octava fila. Los llamaban así, brevemente: Ž. y Z. Nunca con el nombre completo. Difícilmente tenían más de doce años. Les gustaba sentarse detrás de los Eraković para tener a quién vacilar. Los Eraković fingían no notarlos, aunque Ž. y Z. los irritaban bastante. Por ejemplo, Eraković era un hombre de estatura muy baja, pero durante la función Ž. y Z. le pedían, supuestamente de la

manera más amable, que se bajara un poco en su asiento, porque ellos al parecer no veían nada.

Una de esas bromas, no muy ingeniosas, tuvo consecuencias serias. Dado que Ž. y Z. lo «llamaban» con frecuencia pronunciando su apellido de manera rápida y a media voz, cuando él se daba la vuelta, los pillos miraban con desinterés a la izquierda y la derecha, por lo que Eraković se hizo la idea de oír «voces angelicales duplicadas». Aun más que eso: se figuró que una peculiar fuerza «celestial» lo llamaba todo el tiempo para que llevara a cabo sus vastas aspiraciones artísticas.

Por lo demás, Eraković era un ateo convencido. Pero en este caso considera ha que uno no debía ser tan quisquilloso.

—Al fin y al cabo, no quiero exagerar, me consagrará a la religión en la medida en que me convenga... Tan sólo para ver qué esperan de mí esas fuerzas celestiales —hablaba consigo mismo.

Es decir, expresaba sus esperanzas en voz alta. Calculaba que ya que le «hablaban» desde arriba con tanta insistencia, un día probablemente sería así.

El tatuaje que se extendía hasta quién sabe dónde

Por último, en la novena fila con la que terminaba la parte inferior de la sala de cine, estaba sentado Ibrahim, el pastelero. Un hombre muy trabajador, famoso por hacer excelentes šampite^[*], más grandes que los de otros. Y también porque perseveraba «en utilizar nuestro cirílico». En la calle en la que estaba su negocio, lo rodeaban los rótulos escritos en alfabeto latino con fanfarronería, principalmente con palabras inglesas que pocas personas entendían. Pero el dueño del establecimiento profesional independiente «Mil y un pasteles» de ninguna manera quería sucumbir a la moda, no quería cambiar su letrero.

Ibrahim venía al cine con su familia. Con él se sentaba Jasmina, la hija, con la cabeza siempre cubierta con un pañuelo. Era muy

hermosa. Al lado de Jasmina se sentaba su madre. Se notaba de quién había heredado la joven las facciones armoniosas. Nadie conocía el nombre de la madre de Jasmina. Sobre el dorso de la mano derecha tenía un tatuaje extraño, un cierto arabesco que cubría toda la parte superior y luego se metía por debajo de la ropa, de las mangas largas que llevaba en cualquier época del año.

Se decía que Ibrahim quiso matar al único hombre que en su momento había visto cómo lucía el tatuaje en el antebrazo y el brazo de su mujer. Pero se decía que había huido a América. No obstante, inventaban los terceros, el pastelero ahorraba para el viaje transoceánico para encontrar a ése único hombre que aparte de él sabía hasta dónde y cómo se extendía aquel dibujo tatuado.

El hueco

Después de la fila nueve no estaba enseguida la diez. Es decir, entre estas dos filas había un hueco de unos dos metros de ancho, hecho para facilitar la entrada y salida de los espectadores. Asimismo habría de hacer yo en esta historia sobre la función de una película de cuyo título no puedo acordarme como tampoco puedo asegurar con certeza si la película era de ficción o documental, aunque lo cierto era que se presentaba a principios del mes de mayo en la sala del cine Sutjeska hace más de dos décadas, el año lo omito adrede.

Por eso, por este hueco, todos los que escogían la décima fila tenían más espacio para sus piernas. Antaño era casi una cosa sabida: la así llamada fila «para comodidad de señoras y señores» estaba reservada para la gente más prominente. (Y no sólo por la «comodidad», sino porque en la décima fila los vestidos de noche se veían mejor, dado que en ese entonces el cine suponía ropa solemne.) Después, en las ocasiones en que se presentaban «películas de partisanos», ahí se sentaban los funcionarios, los militares de máximo rango y los directores de escuelas. Así era en la

época en que el acomodador Simonović estaba menos abatido, cuando cuidaba dónde era el lugar de cada quien según la «jerarquía del paraíso».

Uuuuuuuuu...

Sin embargo, nada es eterno. Sobre todo no aquí. A finales de los setenta esa costumbre no escrita se iba desvaneciendo poco a poco. En la décima fila se sentaban cada vez más a menudo vándalos locales, jóvenes con los que nadie quería tener nada que ver. Solían arrellanarse insolentemente, estirar sus piernas y abrir sus brazos por encima de los respaldos vecinos como si quisieran comunicarles a todos de manera inequívoca que esa fila privilegiada les pertenecía en ese momento sólo a ellos. Quienes no entendían el mensaje, eran advertidos brevemente:

—¡Está ocupado!

Incluso peor que eso. Cuando llegaba Krle, uno de los más peligrosos entre ellos, cabía suponer que uno de los espectadores tendría que quedarse parado. A saber, Krle escogía a una víctima y la seguía por toda la sala diciendo que cada uno de los asientos estaba ocupado. El acomodador Simonović, en esa época ya seriamente abatido, hacía como que no era de ahí, como que no veía nada. Y si el perseguido, por casualidad, se atrevía a dirigirse a un asiento, Krle decía con una voz gélida:

—¡Por mi madre, si te atreves sólo una vez más, va a brotar sangre, te cortaré la mano en un *ABRIHTER*!

Y todo eso se repetía varias veces, hasta que el infortunado, totalmente confundido, preguntaba con un tono de súplica.

—Bueno... ¡¿Pero dónde puedo sentarme?!

Krle, entonces «dispuesto a hacer un favor al hombre», hacía como que escudriñaba con la vista la sala semivacía del cine Sutjeska cada vez más preocupado para encogerse de hombros y sentenciar:

—Lo siento. No hay ningún lugar libre. Me parece que tendrás que quedarte parado.

El espectáculo terminaba con que la víctima podía escoger entre abandonar el cine (lo que, por lo general, se le negaba) o pasar toda la función de pie, a un costado, cambiando su peso de una pierna a la otra.

De esa manera Krle se ganó el apodo Abrihter. Aunque, técnicamente hablando, eso era erróneo porque Krle se refería a la máquina para cortar madera para construcción, llamada sierra circular. Hecho que a aquel infortunado, amenazado por Krle con la salpicadura de sangre y la amputación de la mano, le importaba poco en un sentido vital. Durante un buen rato seguía poniéndosele la carne de gallina. Y tenía que aguantarse las bromas pesadas. En la calle, los mocosos seguidores de Krle, le lanzaban de paso un largo:

—Uuuuiiiiiiii...

A la vez, tendían despacio los dos brazos hacia delante, como cuando algo se está empujando y propulsando hacia el filo cada vez más rápido, ya completamente imparable.

Ave, Caesar, morituri te salutant

Para evitar problemas con el Abrihter y su pandilla, los espectadores precavidos, por lo general, tampoco se sentaban en la fila once. Es decir, sólo los juristas tenían agallas para acomodarse ahí. Porque, si bien los de la décima fila aún no tenían problemas con los tribunales, sabían muy bien que tarde o temprano iban a necesitar a los abogados. Uno de los buenos, el que siempre defendía la «culpabilidad», un hombre del tamaño de un cerro empinado, Lazar Lj. Momirovac, se sentaba siempre justo ahí, en la fila once. «Trabajaba» sólo los casos más difíciles, las potenciales penas capitales, asesinatos y violaciones. No se ocupaba de marrullerías de poca monta en empresas, falsificaciones de bonos para comidas

calientes, divorcios histéricos o pleitos fraternales de varias décadas sobre una morera. Además, era un tipo oscuro, siempre serio, tal vez porque sabía cuán bajo un hombre podía caer o llegar. Era terrible la manera en que Lazar Lj. Momirovac observaba a la gente, como si les leyera sus pensamientos, como si pudiera prever quién era capaz de qué crimen. Decía que toda persona, desde su nacimiento hasta la muerte, estaba en libertad condicional.

Lo único de lo que se carcajeaba eran los noticieros fílmicos. Las partes favoritas de las Noticias Fílmicas de Lazar Lj. Momirovac eran las que trataban sobre las despedidas y las bienvenidas al presidente.

—*Ave, Caesar, morituri te salutant!* —solía gritar algo en latín, pero en un tono tal que hasta los que ignoraban lo que aquello significaba, estaban convencidos de que era algo muy sarcástico.

Conozco el nombre de un vendedor de libros que se frotaba las manos. Ni en sus sueños podía imaginar dónde iba a «colocar cosas clásicas». En la Defensa Nacional le compraron, por transferencia bancaria, varios ejemplares de *Citas latinas* de Albin Vilhar (buena edición, pasta dura, editado por Matica Srpska, colección «Provecho y esparcimiento»). Además, el libro tenía cinta separadora de modo que se podía seguir más fácilmente lo que «aquel četnik»^[*] exclamaba durante los noticieros fílmicos. Sin embargo, no había guardia del régimen que juntara valor para arrestarlo. Hasta ellos le rehuían a Lazar Lj. Momirovac.

Sí, completamente opuesto al compañero Avramović quien acorde con sus convicciones izquierdistas se sentaba siempre en el extremo izquierdo de su fila, «aquel četnik» se encontraba siempre desafiante en el asiento del extremo derecho, invariablemente en la fila once.

Y una enmienda más, Lazar Lj. Momirovac era el único que respetaba al viejo acomodador Simonović. Afirmaba que ignorábamos a quién teníamos entre nosotros y que él jamás aceptaría estar en su lugar:

—¡Dios no se lo quiera a ustedes tampoco! ¡Yo no sería tan tolerante como el señor Simonović! ¡Los sacaría fuera a todos y cada uno, hasta a mí mismo!

Mejor que mismísimo yo mismo

Con el usual retraso de unos diez minutos, después de desenredarse a duras penas de la pesada cortina de la puerta, a la fila doce llegaba la maestra de educación musical de extraño apellido Nevajda, y de aún más extraordinario nombre, Elodija. Se sentaba allí con unos diez minutos de retraso y de ahí se iba siempre unos diez minutos antes del final de la película, volviéndose a enredar en aquella cortina de terciopelo en la puerta. Llegaba y se iba de ese modo quién sabe por qué. Probablemente era tímida. Su llegada o salida iba acompañada tan sólo por un susurro, como el de una perdiz que se asoma por entre los arbustos al borde de un campo. Era soltera. Enseñaba con dedicación el canto coral a los niños. A pesar de que ella misma tuviera el «diafragma encogido» y con eso, también una garganta «contraída para siempre por los nervios». Leía libros románticos, escuchaba los discos de Melodija y frecuentaba el cine. Con retraso. Sola. Así era esa Nevajda Elodija. Además de eso, era muy bonita y muy flaca. Toda ella como una composición fastuosamente iniciada y prometedora que por una concurrencia de circunstancias jamás llegó a concluirse. Como una clave de sol, signo para la medida y el aviso de la tonalidad, después de la cual en la partitura no viene más que una veintena de notas.

En general, la fila doce parecía estar destinada a los que se dedicaban a la música. Ahí se sentaba también el gordito Njegomir, un roquero «en desistimiento», baterista circunstancial para las bodas y despedidas, que siempre arrastraba consigo un cuaderno, más precisamente una agenda de OK SSRNA^[*] para anotar «nuevos ritmos» (nunca se sabe qué cosa se le puede ocurrir a uno). Por

supuesto, como no poseía la educación musical correspondiente, dichas anotaciones eran descriptivas: «¡Trucutu-trucutu... kss-kss... tutula-tutula... pss-pss!». Y como si lo anterior no bastara, Njegomir era famoso por una frase pronunciada después de escuchar al legendario baterista del grupo Smak, Kepa:

—¡Vaya, éste golpea mejor que mismísimo yo mismo!

A veces, en el cine, la flaca Nevajda Elodija y el gordito Njegomir entablaban una conversación en voz baja sobre la música fílmica. Una y otra vez cuchicheaban:

—Ennio Morricone es...

Pero no obstante que Njegomir suplicaba a Nevajda Elodija de corazón que se quedara hasta el final para terminar la historia, unos diez minutos antes de la lista de créditos ésta se levantaba y se iba. Sólo llegaba a escucharse un susurro, como una perdiz que se asusta y desaparece entre los arbustos al borde de un campo.

Una gota de cera rojo oscuro

¡Ay, la infeliz fila trece! Sólo Oto se sentaba en ella sin miedo. Se creía que Oto era tan desdichado que la infeliz fila trece no podía hacerle más daño. Vivía en la sala principal de ventanillas de correos porque allí le daban chance. Erraba alrededor de los mostradores. Esperaba en lugar de otros, menos pacientes, en las colas para pagar una cuenta, entregar una petición o solicitud. Empacaba paquetes grandes «por la cantidad de dinero que le quisieran dar». Vestía con bastante desaliño, se rasuraba cada tres o cuatro días, pero sus paquetes estaban envueltos de una manera peculiar, artística.

Sí, ése no era un empacado ordinario. Primero, una caja adecuada, normalmente de zapatos o vajilla, luego un pedazo justo de papel azul, después una cuerda y esas manos que la ataban... Por muy grueso que fuera el sobre que dieras en la maternidad como agradecimiento no ataban los cordones umbilicales con tanto

cuidado, ni las matronas más experimentadas envolvían a los recién nacidos con tanto esmero... Y al final, como un lunar, como una señal única, una gotita de cera para sellos rojo oscuro... Y la conclusión del propio Oto:

—¡Lishto! ¡A Oto también le gushtaría recibir un paquete como éshte!

Desde luego, eso no ha pasado jamás. Oto no tenía parientes. Toda la vida se formaba en las colas en lugar de otros, toda la vida empacaba y enviaba paquetes para otros. Se pensaba que era desdichado además porque no era muy cuerdo. Aunque él se oponía a eso pronunciando las *ch*, *sh*, *dz* y las demás voces afines fuera de su lugar:

—Todosh creen que Oto eshtá loco, pero Oto shólo she ríe, ríe...

Por otro lado, se creía que traía buena suerte. La persona en vez de la cual Oto entregaba el sobre para participar en un juego, parecía tener ganado el premio mayor, una aspiradora, una batidora, una televisión a color con antena, o un viaje a Vrnjačka Banja para dos personas. Pero el propio Oto jamás ha recibido cosa alguna, enviaba cientos de cupones, etiquetas, crucigramas resueltos o tapas de cerveza, pero jamás «sacó» siquiera un premio de consolación, al menos un radio transistor con auricular para un solo oído, una camiseta blanca de manga corta, un juego de ganchos para colgar la ropa a secar, tan sólo una taza para té.

Oto no le temía a la fila trece, sin embargo le temía a todo lo demás. Veía las películas todas las veces que las daban, sin perder las matinés, pero siempre que había escenas «terribles» se tapaba los ojos con la palma de su mano.

Confieso, en aquel entonces ignoraba sus apellidos

Fila catorce. Alumnos de enseñanza media. De estatura similar, pero de edades diferentes.

Petronijević. Resavac. Stanimirović.

Cada uno a su manera. Cada uno con su rollo. Ni siquiera iban a la misma escuela. La de agricultura. La de técnicos mecánicos. La preparatoria. Ni siquiera se conocían.

Confieso, en aquel entonces ignoraba sus apellidos. Tampoco intuía que estaban sentados de izquierda a derecha en orden alfabético con el que sus apellidos figurarían, una veintena de años después, en una lista de caídos. Como tampoco sabía entonces que cada uno de ellos fue al cine por separado sin haber estudiado la misma lección de historia, a pesar de que los profesores, en sus respectivas escuelas, habían anunciado que al día siguiente iban a examinar y comenzar a dar calificaciones finales.

—¡Qué va, ya sé todo! —probablemente dijo Petronijević a sus padres y ni tardo ni perezoso cruzó la puerta.

—¡No se preocupen! Lo leeré esta noche cuando vuelva —tal vez prometió Resavac solemnemente a los suyos.

—¡¿Estudiar historia?! ¡¿Para que se me olvide antes del otro miércoles?! Los lunes la profesora siempre examina desde el principio de la lista hasta donde alcance. ¿Saben lo lenta que es? No la llamamos en vano La Centenario. ¡No hay manera de que llegue hasta el final de la clase más allá de la letra e, mucho menos hasta mí! —probablemente Stanimirović convenció a los de su casa.

Y así, en orden. Los tres, cada uno por su cuenta, se fueron de pinta al cine Sutjeska para ver cualquier película, para no tener que estudiar la aburrida lección de historia, de la misma manera en que la historia los esperaría y reuniría una veintena de años más tarde.

Tú, espérame aquí

Y en la fila quince estaba sentada, perfectamente tranquila, Tršutka. A principios de los noventa se fue al extranjero después de cambiar su nombre y apellido, por lo que mencionan sólo el apodo que sigue vigente. Tršutka era toda una marimacha. No es que no tuviera novios. Pero si tenía ganas de ir al cine, no le daba pena ir ahí sola.

Era imprevisible. No me sorprendería que en esa ocasión también hubiese dejado a su acompañante en la puerta diciendo:

—Tengo ganas de ver esta película. No quiero que me molestes, que me manosees ni jadees a mi oído. Tú, espérame aquí, y después nos vamos a fajar en la oscuridad, en la orilla junto al Ibar...

Y aquél esperaba con paciencia. Qué eran dos horas de espera, la burla de todos los que pasaban por ahí y semejantes inconvenientes en comparación con al menos cinco minutos de pasión en la compañía de Tršutka. En la vida, a veces, se necesitan sacrificios aún mayores.

Tršutka era imprevisible, y por lo mismo le gustaba también combinar lo incombinable. Sobre todo en el vestir. Hurtaba de su propia abuela (con la que vivía sin sus padres) su pequeño sombrero de cuando era joven, bastante bien conservado (fieltro rasurado, cinta *gros-grain* color vino, buena fabricación belgradense de antes de la segunda guerra mundial, la casa de modas La Sucursal Parisina), tomaba sus guantes de día (guantes largos, color ocre, de terciopelo, cuyos extremos adornados con costura punteada se abrían en forma de campana), a los que además agregaba el único collar que le quedaba a la abuela (trabajo de la joyería M. T. Stefanović, plata, chapa de oro y hematites color rojo sangre). Lo demás en ella era de Beko (confección de mezclilla nacional). Y aunque aquí, en esta descripción, hay prendas de vestir incombinables, en Tršutka todo lucía justo en su lugar.

Una vez Krle Abrihter ensayaba su crueldad en Tršutka a la que no permitía sentarse en ningún asiento y a quien amenazó:

—¡Juro por mi madre, pequeña, si tratas una vez más de bajar ese asiento, traeré aquí la máquina para cortarte ambas manos!

Sin embargo, Tršutka se quitó su guante, es decir el guante de su abuela, sopló en la palma de su mano y contestó con frialdad:

—¿No me digas? Entonces, ¡tendré que pegarte una bofetada enseguida!

Krle Abrihter se puso rojo, hizo una mueca de sonrisa, luego se puso serio, para decir en tono conciliador:

—¡¿Qué pasa contigo?! ¡¿Qué loca eres?! ¡Juro por mi madre que sólo bromeaba! ¡¿Dónde está ese vejestorio de Simonović para sacar a esta mocosa?!

La necesidad humana

Tršutka estaba en la fila quince, y la gente decente evitaba sentarse en la decimosexta y la decimoséptima. Debido a la decimoctava. Ahí se quedaban siempre algunas parejas ocupadas en besuquearse. La Ćirić y el Uskoković, cadete marino en un centro militar cercano de capacitación para conducir vehículos. El Faisán y la Hristina. Tsatsa la Capitana y Džidžan.

Ah, sí, casi me olvido de Čekanjac, mucho mayor de edad. Él era uno solo, es decir no estaba en pareja. Se sentaba en la fila decimoctava porque le gustaba mirar y escuchar cómo se besuqueaban los jóvenes. Hacía como que no se hallaba en el asiento, se asomaba por la izquierda y la derecha, se acomodaba, se rascaba, arreglaba la raya de su pelo, se agachaba para atar las agujetas pero, en realidad, se empeñaba en ver lo que hacían las parejas.

En general, a Čekanjac le encantaba observar lo que los demás tenían y hacían. Desde su infancia no ha habido tapa de una olla que él no hubiese levantado ni carta o recibo de luz de un vecino que él no hubiera logrado sacar con un palito de helado del buzón de correo y leído hasta el final, ni cartera ajena a la que no se hubiese asomado en una caja o mostrador de un banco, y por lo que respecta a periódicos, los leía exclusivamente, aun teniendo el propio, por encima de los hombros de la gente.

Al principio, todo el mundo lo ahuyentaba pero como él era insistente por su «necesidad humana», todos terminaron por acostumbrarse a su presencia. A decir verdad, una vez recibió una

paliza en la estación de policía por la denuncia de que «andaba de mirón», aunque él afirmaba que «veía únicamente la película sin parpadear». Pero como no logró contar al inspector nada de la trama, éste le dio una buena paliza. Tras esa experiencia desgradable, Čekanjac veía cada película varias veces. La primera vez seguía sólo la trama, realmente sin parpadear —uno nunca sabía, por si tuviera que contarla— y de ahí en adelante echaba vistazos a lo que ya se sabe.

En esta ocasión, a la Ćirić y al Uskoković, cadete marino; al Faisán y a la Hristina; a Tsatsa la Capitana y al Džidžan.

Y luego, de nuevo, en ese orden, sólo un poco más detalladamente.

El ancla arrebuyada por el nido de laureles y ramitas de olivo

La Ćirić era de una familia de médicos de abolengo. Siempre le gustó lo blanco. Entre más blanco —mejor. Sería algo como una tradición familiar. De modo que bajo la influencia de la tradición, completamente enceguecida por la blancura, se enamoró de ese Uskoković. La marina de guerra enviaba allá a los futuros oficiales a cursos de manejo de vehículos. Uskoković, desde luego, llevaba su uniforme impeccablemente blanco bien ceñido. Estaba sentado cual si se hubiese tragado un palo sosteniendo con su mano izquierda (según el reglamento y la norma del servicio y sin quitarse los guantes igualmente blancos) sobre la rodilla su gorro blanco con el ancla bordada, arrebuyada por un nido de laureles y ramitas de olivo. Su mano derecha, sin embargo, solía estar «profundamente anclada» entre los botones desabotonados de la también blanca blusa de seda de la Ćirić. Ella suspiraba, parecía crisparse, cada pedacito de ella parecía estar a punto de estallar, y se inclinaba de una manera extraña... Como una nave cuyos costados las ráfagas de la tormenta ora empujaban con fuerza contra el muelle, ora

trataban de romper con furia todas sus rémoras y arrastrarla incomprensiblemente lejos, hacia el inmenso horizonte.

La Ćirić suspiraba con tanta vehemencia que las costuras de sus blusas de seda se rompían, y los botones salían disparados... (Sólo el Čekanjac había recogido a escondidas hasta veintidós durante las «navegaciones» cinematográficas de esta pareja.) Y luego, durante la calma chicha, la Ćirić lloraba de manera inconsolable, rogaba, hasta amenazaba con histeria que se iba a tirar al primer río si Uskoković no se equivocaba adrede en los tests o en el polígono para quedarse el máximo tiempo posible en capacitación en la unidad motorizada vecina.

Como cualquier hombre, Uskoković se sentía halagado por todo eso, pero no tenía la más mínima intención de sacrificar por la Ćirić la categoría «B» para conducir vehículos motorizados, excepto motocicletas, cuya masa máxima no exceda de 3,500 kg. y cuyo número de asientos, sin contar el del conductor, no exceda de ocho.

Quién se sostiene gracias a quién

El Faisán y la Hristina eran pareja desde el último año de la escuela primaria.^[*] El Faisán era considerado un verdadero «anticristo» y la Hristina era hija de un hombre muy religioso que llevaba los libros contables del episcopado local de Žiča. La tierra y el cielo, podría decirse. Y una combinación bastante nebulosa, en un lugar remoto, en el mismo borde del horizonte cotidiano. Al igual que con la tierra y el cielo, no se podía determinar quién se sostenía gracias a quién.

Las unidades terrestres son la potencia

Tsatsa, la Capitana, sin embargo, era la que estaba «profesionalmente orientada» hacia el ejército. Por una remuneración. Con descuento para los reclutas recientes. El precio

completo para dos sargentos y tres sargentos mayores clase I. Pero también gratis para un capitán loco, quien fue la cumbre de su carrera y por el cual recibió ese título entre el grado y el apodo.

Tsatsa, la Capitana, era muy celosa de la Cirić de la familia de médicos. Consideraba que ésta le robaba clientes. Incluso, solía «manifestar» su propia visión de la doctrina militar:

—¡Bah, la armada! No son gran cosa. Les importa más ese uniforme blanqueado que una verdadera mujer. No se atreven a ensuciar ni siquiera las rodillas en sus pantalones. Las unidades terrestres se meten en las trincheras, ruedan por el suelo con cualquier clima, avanzan más allá de las líneas enemigas, toman los bunkers, no se pasan una eternidad apuntando, y aciertan en la carne sin error... ¡Yo lo sé, por supuesto! ¡Las unidades terrestres son la potencia! ¡Son la fuerza de ataque de las fuerzas armadas! Los marinos son sólo unos modelos... ¡El verdadero soldado es el que se cubre de polvo, el infante!

Džidžan, el que estaba a su lado, era algo parecido a un rufián, mediaba entre Tsatsa y «los usuarios». O como le decía ella con cariño, usando el usted:

—Usted es mi persona civil en servicio de las Fuerzas Armadas.

Como tal, Džidžan gozaba de todos los «beneficios», incluida una parte de los «viáticos» después de cada uno de los «ejercicios técnicos» de ella. Por lo demás, a Džidžan le gustaba vestirse bien, es decir: daba mucha importancia a la ropa, y todo el santo día se paseaba por la ciudad evaluando la impresión que dejaba en los transeúntes.

Un hombre más

La decimoctava fila era la última. No obstante, detrás de ella había un hombre más que, al menos parcialmente, podía ser contado como público: Švabić. El operador. Fuera de las horas de trabajo: un solitario. Él también «seguía» cada película, aunque a decir verdad,

a través de una de aquellas ventanitas de su pequeño cuarto. Dicen que Švabić desde sus dieciocho, o sea, los últimos treinta y dos años, se veía como alguien a punto de jubilarse. Era increíblemente lento. Siempre parecía que había salido de alguna parte hacía mucho tiempo, pero en realidad todavía ni siquiera partía. Excepto cuando se iba a coquetear con Slavica, la taquillera del cine Sutjeska. La mayor parte del tiempo durante la función se la pasaba ahí: tomándose las tacitas de café demasiado endulzado, «imprimiendo los deseos» en los posos y volteando, con Slavica, las tacitas descantilladas. Las películas las veía de vez en cuando. Treinta metros del primer rollo, cincuenta del segundo, incluso, si se dejaba llevar, un centenar del tercero...

Aun así, Švabić sabía todo del séptimo arte. Podía repetir de memoria miles de listas de créditos, hasta el último nombre escrito con letras más diminutas. Decía que los directores de cine eran los menos necesarios durante la filmación de una película. Luego agregaba más convincentemente:

—¡El montaje es más importante!

Por eso, y porque sabía confundir el orden de los rollos, lo llamaban Švaba el Montaje. Él no se enojaba. Dicen que hasta consiguió una mesa de montaje desechada de Avala Films. Dicen que en su casa (con tijeras y pinzas, acetona y empalmadora de cinta adhesiva, lupa de pie extensible y trapito para limpiar la cinta, manguitos de burócrata para los brazos y guantes de algodón, además de colgadores para colgar trozos de películas), mientras giraba sobre la silla móvil, cortaba y unía día y noche las imágenes desechadas, incluso las partes completas despiadadamente «amputadas» de todo tipo de películas, estaba haciendo para sí mismo su propio largometraje de ocho horas, una obra que el mundo jamás había visto. Así por lo menos cuentan, pero oficialmente, a causa de Švaba el Montaje en Sutjeska, existían «Listas de registro de medios desechados» donde se habían descartado más copias de películas que en toda la red de cines de Serbia. Los distribuidores desesperaban. Cada rollo que llegaba a

las manos de Švabić regresaba más corto por al menos cinco o seis metros.

—¡¿Y?! ¿Qué se quiere subrayar con eso? ¡Yo no soy un irresponsable! ¡Esa merma se llama deterioro! ¡Una pérdida prevista! Si existe en otras profesiones, si se admite a los carniceros, ¡¿por qué no se podría esperar en este trabajo también?! —se justificaba él.

Hay que tener en cuenta que la pasión de Švabić exigía mucha paciencia. Pero, como ya se ha dicho, él jamás tenía prisa para llegar a ninguna parte. Contaba que podía terminar todo antes de la jubilación. Lo cual significaba que para un minuto de película disponía de aproximadamente un mes de trabajo. Es decir, un día para dos segundos de proyección. Dicho de otra manera, en un día tenía que montar, en promedio, cuarenta y ocho imágenes.

Ni mucho, ni poco. Pero el puro cortar o pegar no era todo. Había que «hacer encajar» con pericia los fotogramas de diversas películas. Para eso se necesitaba ser sistemático. Švabić subordinó toda la casa paterna a ese propósito. Al principio sólo el desván, pero cuando se murieron sus padres, atónitos hasta el último momento de sus vidas por la ocupación vital de su hijo, se expandió no sólo a su dormitorio, sino también al cuarto de estar y a la cocina. Tenía que saber dónde guardaba cada cosa. Tal vez por eso nunca pidió la mano de la taquillera Slavica.

¿Qué mujer aguantaría cientos y cientos de frascos de conserva pequeños y grandes de los que cada uno estaba etiquetado en otro color dependiendo del género de las películas a las que originalmente pertenecían los fotogramas: negro —películas históricas; ocre —películas de guerra; verde —comedias; rojo —de amor; amarillo —pornografía suave; y así sucesivamente?

¿Qué mujer aguantaría brincar toda la vida sobre cientos y cientos de frascos con etiquetas de diversos colores de los que cada uno tenía un rótulo particular según el tipo de escenas que contenía: «salidas y puestas de sol», «equitación», «copas de árboles», «el correr del agua», «nubes», «besos cortos», «besos largos»,

«sonrisas naturales», «rostros, primeros planos», «tomas a contrapicado de puentes», «el personaje mira el reloj», «panorámicas de ciudades», «sombras en las paredes», «la llegada del barco», «el paso del barco», y así sucesivamente?

¿Qué mujer aguantaría enredarse toda la vida en los rizos de celuloides ajenos, diseminados por todas partes, hasta en las trenzas completas de rollos de diversas películas?

Al fin y al cabo, tampoco Švabić podría aguantar a una mujer que, con el deseo de arreglar aquello, seguramente acabaría mezclando todo. Así, él sabía dónde guardaba cada cosa. Cuando algo llegaba a su turno, él sabía con exactitud qué frasco había que abrir.

Sin aquellos que entraban por diez minutos

Y eso sería todo. Una treintena de visitantes. En total. Sin contar a aquellos que entraban por diez minutos...

Como Tsale, el transportista de todas las cosas voluminosas en una carretilla, que entraba a Sutjeska sólo para refugiarse de la lluvia o para descansar sus pies hinchados.

O como las cocineras de la cercana cocina del hotel Jugoslavija de la época anterior a la segunda guerra, cuya planta baja fue convertida en un restaurante de autoservicio. Solían llegar aquí bajo el amparo del crepúsculo, durante las pausas entre los preparativos de cenas, mientras algo hervía, se estofaba o se cocía a fuego lento. Entraban con sus delantales y cubrecabezas blancos, de dos en dos, o tres, y en aquella luz sofocada uno habría pensado que en el Sutjeska entraron de paso unas enfermeras, directamente del ejercicio anual de demostración de primeros auxilios en caso de un ataque aéreo de agresores. Realmente lo habría pensado si las eternamente cansadas mujeres no hubieran oido a frijoles con patas de cerdo, al excelente compuesto de col, a la cebolla rehogada a fuego lento hasta adquirir el color ámbar para el revoltijo

serbio, al estofado de pollo, al cocido de los pobres, quién va a seguir enumerando todas esas delicias...

Pero ellas no contaban, no eran el público permanente. Ellas se quedaban ahí a lo mucho un cuarto de hora llorando ante una tierna escena amorosa... A saber, se creía que Švabić las informaba de la hora de ese tipo de escenas «culminantes», porque de qué otra manera hubieran podido atinar el minuto en el que debían llegar. Y se creía que Švabić las informaba de la hora de las «mejores» partes de películas con el propósito del intercambio de bienes, porque cada vez que algo se terminaba en la cocina, ellas le pasaban los frascos vacíos ya lavados —de pepinillos, betabel, compotas, mermelada y cosas parecidas— tan necesarios para la ordenada clasificación de las tomas para la obra de su vida. De cualquier modo, las cocineras se sentaban allá cuando mucho por un cuarto de hora, lloraban ante una tierna escena amorosa, y luego una de ellas se secaba las lágrimas vanas con el trapo de cocina blanco, y agregaba con pánico:

—¡Mujeres, basta de llorar! Volvamos al trabajo. No somos ociosas como los demás. Debemos trabajar. ¡Se quemará la comida! ¿Quién se lava a comer después...? ¡Levantémonos!

Y en la misma salida, solían agradecer al viejo acomodador Simonović, a quien invitaban siempre a devolverles la visita:

—Venga con toda libertad. Incluso esta misma noche, al final del turno. Si le gusta, tenemos excelente hojaldre relleno...

—No puedo... No sé si tendré tiempo... —contestaba Simonović abatido—. Tal vez no lo parece, pero aquí tengo mucho trabajo. ¿Sabe cuántas cosas deja la gente tras de sí, cuántas cosas hay que arreglar de nueva cuenta, desde el principio?

La proyección

Ya había transcurrido bastante de la proyección.

En el sonido de por sí «crujiente» de la película se introducían los desvaríos y los chasquidos de la lengua del dormido Bodo.

Las palabras de pánico de Gagui:

—¿Qué dicen? Dragan, hermano, no te saltes los renglones, ¿qué están diciendo ahora?

La interpretación del diálogo, en voz baja, de Dragan cada vez más libre, cada vez más entusiasmada.

Y el subsiguiente asombro del estricto señor Djordjević.

El ruido de las envolturas de bombones marca Kiki, de mordisquear pepitas de girasol y escupir las cascaritas por todas partes, lo cual hacían aquellos pillos a los que todos, incluso sus respectivos padres, llamaban unánimemente, Ž. y Z.

—¡Por mi madre, va a brotar sangre, le cortaré la mano a ese idiota! —la terrible amenaza de Krle Abrihter cada vez que la mano del compañero Avramović de la primera fila aparecía en el fondo de la pantalla, porque el miembro del partido levantaba su brazo por costumbre cual si votara en una reunión.

—*Honores mutant mores, sed raro in mejores!* —o algo parecido, murmurado en latín, por el oscuro «injusticiero», Lazar Lj. Momirovac.

La reproducción del ritmo cada vez más rápida, más jadeante, del gordito Njegomir en el empeño de que lo notara la escuálida Nevajda Elodija:

—¡Strucutu-strucutu... tutula-tutula... kss-pss!

Los suspiros de Oto asustado con quién sabe qué cosa.

El cuchicheo de los enamorados y los gemidos prolongados de la Ćirić:

—Ooohhh, me hundo, me hundo, ¡ya no puedo aguantar más!

El comentario cínico de Tsatsa la Capitana:

—¡Tienes poco calado, hermana!

El crujido de las sillas resquebrajadas.

El descascaramiento de mortero viejo desde la antaño bella ornamentación del techo del cine...

Sí. Ya se habló suficiente de la gente. Encima de todos nosotros, estaba esa hermosísima ornamentación del techo. La imagen simbólica del inmenso universo. Con el sol colocado justo en el centro, de rayos flamígeros estilizados. Con la luna soñolienta, apenas un poco «mordisqueada». Con planetas distribuidos de manera bastante libre. Con las constelaciones de ambos hemisferios punteadas alrededor: Andrómeda, Ave del Paraíso, Auriga, Ara, Can Mayor y Can Menor, Casiopea, Escuadra, Hidra, Cruz del Sur, Lira, Mesa, Orión, Pavo Real, Escudo, Osa Mayor y Osa Menor, Virgo, además de las galaxias, nebulosas y dos o tres cometas, de colas llameantes... Encima de todos nosotros se encontraba esa ornamentación elaborada por manos maestras, en partes aún redonda como la línea de la bóveda celeste, en partes cubierta de gotas de humedad y púas erizadas del moho que después de tantos años finalmente brotaron de las axilas, antaño lisas, de las enjutas de yeso... La ornamentación elaborada por manos maestras, a trechos desplomada dejando ver las costillas de juncos rotas y las entrañas oscuras, como podridas, del desván del cine...

Como dije, no puedo recordar si la película era de ficción, pero estoy totalmente seguro de que fue filmada en África. Fue ampliamente anunciada en la prensa por una escena en la que un hombre fue realmente despedazado por leones, lo que había provocado una fuerte polémica en la opinión pública, primero que nada sobre el humanismo del equipo de camarógrafos que antepuso las «tomas únicas» a la ayuda al desafortunado hombre. Luego, y tal vez eso fue un reto mayor para los puritanos, por lo que había propuestas de censurar la película o al menos prohibirla para los jóvenes, ésta contenía escenas muy poco comunes, y para esa época filmadas con una fidelidad inusitada, del rito de fecundación de la tierra. Mostraban, más o menos, cómo el aborigen cavaba el agujero correspondiente en la tierra, y con el rostro ritualmente pintado de blanco, de cuerpo totalmente desnudo y visiblemente dotado por la madre naturaleza, se acostaba imitando un acto

sexual, en realidad otorgando al campo su propia semilla creyendo que su pobre tierra entonces daría mejores frutos, que le daría suficiente comida...

En general, digo, si mal no recuerdo, la película podía denominarse, hablando con reservas, como antropológica, ya que abundaba en etnografía pictórica y escenas naturalistas, que hicieron salir en señal de protesta a varios espectadores durante la proyección. Primero que todos, quizás a los quince minutos, salió Ibrahim con su familia. Simplemente se levantó y tras él partieron, sin una palabra, su mujer y Jasmina, sin que siquiera llegan a desvanecerse el:

—¡Vámonos! —de Ibrahim.

Algunos se fueron poco después, atónitos, protestando por escenas indecentes. Aunque antes de hacerlo, las vieron con detenimiento, como por ejemplo, Nevajda Elodija, que, a decir verdad, no dijo nada por la contracción de su garganta. Sólo desapareció con un susurro de perdiz al borde de campo.

Otros esperaron, esperaron y esperaron, y perdieron la paciencia decepcionados por la «poca trama», por la falta de disparos y persecuciones, en una palabra, porque la historia de la película no era muy interesante. Así se escaparon juntos, aunque no se pusieran de acuerdo al respecto, los tres alumnos Petronijević, Resavac, y Stanimirović.

El abatido acomodador del cine Sutjeska, el viejo Simonović, se vio obligado incluso a correr en varias ocasiones las cortinas azul marino y abrir la puerta de salida. En la «época de oro» tal vez hubiera tratado de disuadirlos, tal vez hubiera dicho con convicción:

—Espérense un poco, a que avance... No todo es como parece... La película se pone muy buena después.

Pero, en los tiempos recientes no tenía ganas de andar convenciendo a los visitantes. ¡¿Para qué necesitaba esa responsabilidad?! Escogieron por sí mismos. Entonces, que por sí mismos se percataran de la diferencia, dentro o afuera...

Y quién sabe hasta cuándo habría cavilado así el desanimado Simonović si no lo hubiera despabilado la voz de Veyka desde su lugar de domicilio fijo, la cómoda gabardina:

—¡¿Hasta cuándo seguirán así?! Para acá, para allá, a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo... ¡Ya cálmense! ¡Decídanse de una vez por todas! ¡Nos mata la corriente de aire!

El rayo de luz se desvió

Y de repente, como a la mitad de la proyección, sin aviso previo, justo como si algo invisible lo perturbara, el rayo de luz de aquella pequeña ventana a espaldas se desvió... Y luego se cortó por completo. Algo crujío. Luego se atragantó. Finalmente, ¡restalló! Por un instante, la pantalla del cine se puso blanca. Luego, gris. Se podían ver muy bien dos manchas y tres remiendos mal hechos...

En un primer momento no pasó nada. Honestamente, el operador Švaba el Montaje llevaba años arreglándose las con los aparatos desgastados. Pero como ya es sabido, tampoco era raro que por el café o el flirteo con la taquillera Slavica abandonara su cuartito. Lo que en sí no era malo, ya que yo aprovechaba las largas pausas entre dos rollos u ocasiones en que la película simplemente se quemaba, para examinar las enjutas y las heridas abiertas en los costados de aquella ornamentación del techo. Siempre me pareció como una parte de algo más grande, de algo incomprensiblemente grande, así que por lo general no sabía si lamentar que nos tocara sólo eso o alegrarme por tener inclusive tanto.

Pero como en esa ocasión la proyección no continuaba, el escaso público empezó a impacientarse. Se oyeron unos silbidos. Luego, protestas abiertas. No pasó mucho tiempo para que casi todos hablaran a gritos y lanzaran comentarios cuidando cada vez menos sus palabras.

El mismo Bodo se despertó, se estiró, se quitó sus lentes de sol baratos, echó un vistazo a la situación y enseguida se puso a silbar,

a todo pulmón. Y realmente sabía hacerlo. Así, con dos dedos.

A diferencia de él, Veyka sólo lamió su índice y lo levantó, acurrucándose aún más.

—Se los digo, de algún lado sopla muy duro. ¡Tranquilíicense, gente!

Dragan, sin embargo, siguió «leyéndole» a Gagui. Era fácil cuando había qué contar. Pero uno tenía que probarse en las dificultades:

—En este momento él se le declara. Y ella hace lo mismo.

—¡Ahora sí se pasó! ¡¿Hasta dónde piensa seguir inventando, embaucando a la gente analfabeta?! ¡¿Y usted, por qué permite que le mientan?! ¡¿No ve que no hay ninguna imagen, y menos el sonido?! —el señor Djurdje Djordjević se esperanzó en que por fin había llegado su hora, en que podía desenmascarar ese desvergonzado embuste que había tenido que presenciar desde sus inicios.

Gagui le dijo a Dragan:

—Hermano, espera un momento, no olvides dónde te quedaste...

Luego se dio la vuelta y concluyó:

—Profesor, ¡qué lata es usted!

Indudablemente, Eraković habría apoyado al señor Djordjević, pero estaba muy ocupado explicándole a la Eraković:

—¡Excelente! Es lo que yo llamo una provocación artística suprema. ¡Genial! ¡Qué toma! ¡Mis más sinceras felicitaciones para el director! ¡Entiendes, mujer, la pantalla en blanco es ahora un símbolo del vacío del significado, es la terrible imagen del mundo, la representación de la civilización que se cansó y ya no tiene nada que comunicar!

La Eraković agregó confundida:

—¡¿De verdad?! No lo he notado. Aunque puedo decir que los remiendos están cosidos de manera bastante burda.

Ž. y Z preguntaron con suma amabilidad:

—Señor, por favor, quiere bajarse un poco, no vemos nada...

Eraković volvió la cabeza y replicó con ira:

—¡Fuera mocosos! ¡No molesten! ¡Llamaré a la policía!

Krle Abrihter dijo entre dientes:

—Uf, si tuviera mi máquina aquí... Por mi madre que ese Švabić se quedaría sin su mano en este instante.

Lazar Lj. Momirovac llamaba a las autoridades:

—¡Lo sabía! ¡Censuran todo lo que es natural!

Njegomir daba golpecitos con sus pies, como si tocara percusiones bajas. Después se levantaba un poco como si golpeara con furia los platos. Ya estaba todo sudado. Lamentaba que Nevajda Elodija se había ido y que no podía escuchar ese nuevo ritmo frenético.

Oto se asustó aún más y no se quitaba las palmas de las manos de sus ojos. Ni siquiera se asomaba.

Tršutka, como una verdadera marimacha silbaba más fuerte que Bodo. Y gritaba:

—¡Fuera!

Las parejas amorosas de entrada se vieron atrapadas haciendo algo impudico, luego todos se compusieron y se unieron a la protesta general.

Todos excepto —Čekanjac. Él se había petrificado por completo, sufría sobremanera, fingía que aún seguía la película, por si tuviera que contarla. Pero los ojos, por su naturaleza, giraban solos. Le empezó a doler la cabeza. No aguantó y se dio la vuelta: la Ćirić abotonaba su blusa con desgana. Le decía a Uskoković:

—¡¿Y por qué justo ahora?! Apenas acababa de zarpar...

El Faisán le pidió a la Hristina:

—Vámonos a alguna parte...

Tsatsa la Capitana le mostró a Džidžan discretamente a la Ćirić y opinó:

—Ya ve, ¡la joven es de una familia decente, de médicos y está completamente hundida!

Todo duró de manera inusual. Los pies pateaban el suelo y se gritaba con ira cada vez con mayor unanimidad:

—¡Švaba, mentecato! ¡Ladrones, regresen el dinero! ¡Película! ¡Pongan la película! ¡Queremos verla!

Sólo el compañero Avramović, en la primera fila, con una expresión plácida en el rostro, no se daba cuenta de nada. Porque, convencido de que todo seguía su orden usual, tenía los ojos cerrados.

Se iluminaron las luces laterales

Y quién sabe cuánto habría durado todo eso si alguien no se hubiera enredado en la pesada cortina de la puerta de entrada, si ese alguien a duras penas no se hubiera librado carraspeando por el polvo una y otra vez, si en la sala no hubiera entrado la mujer de la limpieza.

Sí, justo la afanadora. No el acomodador Simonović que estaba a cargo de los boletos, los asientos y las «circunstancias extraordinarias». Ni el operador del cine Švabić. Tampoco el director del Sutjeska. Sino la afanadora. La siempre agripada mujer sin nombre estaba con la bata azul raída y los desgastados borceguíes de tela.

Primero balbuceó, y luego desistió.

—Compañeros... —dijo después.

—Compañeros, no sean así, yo no tengo la culpa... —intentó de nuevo.

Entonces apretó sus puños y juntó las fuerzas para terminar con una voz llorosa:

—Compañeros, no sean así, ¡el compañero Tito ha muerto!

Aquel silencio que llaman sepulcral

Cundió un silencio absoluto. Aquel que llaman sepulcral. De todos los sonidos quedó sólo el susurro de la cal descarapelándose de la

ornamentación del techo del cine... Bajo un ángulo particular, en el haz luminoso del proyector antes se podía ver cómo desde arriba, desde el sol y la luna estilizados, desde los planetas y las constelaciones, caía el fino polvo lácteo, más blanco y más delicado que cualquier polvo de tocador... Lloviznaba persistentemente, de manera fantasmal, seguramente aún después de que la proyección de la película se había interrumpido... Como si quisiera conciliar todo en el mundo, ocultar las huellas, atenuar las arrugas alrededor de los ojos y los labios, blanquear nuestros rostros.

Entonces empezó a escucharse el golpeteo de los asientos conforme se iban levantando los espectadores. Y aunque desde el punto de vista literario no es prudente hacerlo, intentaré reproducir ese sonido: «Clap — clap — clap — clap...». A veces de manera rítmica, como cuando se aplaude, primero con timidez, y luego, cada vez con más entusiasmo. Otras veces al unísono, como cuando un pelotón de fusilamiento entrenado por un largo tiempo amartilla fúnebremente sus fusiles.

Se levantó hasta Avramović. No del todo consciente de dónde estaba, recordaba nebulosamente haber llegado a ese cine y de repente todo a su alrededor se parecía a una reunión del partido súbitamente interrumpida. De hecho, preguntaba desconcertado:

—¿Adónde, compañeros?, ¿mañana vamos a continuar con la junta?

Se levantó también Bodo. A decir verdad, tambaleándose; sus lentes de sol se habían caído en alguna parte, y él recurría a su bolsillo en búsqueda de su mapa para ver dónde estaba la «base» más cercana, dónde se encontraba el refugio más próximo de los «medios para la nivelación de la realidad».

Se levantó también Veyka. Con suma cautela temiendo que lo perjudicara una corriente de aire.

Se levantaron también Gagui y Dragan, el profesor Djurdje Djordjević, el Eraković y la Eraković, se levantaron todos y cada uno en sus filas respectivas, incluso Lazar Lj. Momirovac, aunque de éste podría decirse que más bien brincó de alegría.

A pesar de que algunos después fanfarroneaban que se habían quedado sentados adrede, por encono, sólo el espantado de Oto no se movía de la fila trece, ni se quitaba las manos de los ojos. Y jamás se hubiera atrevido a salir si, en aquel desorden, alguien no lo hubiera sacado con engaño, si no le hubiera mentido brutalmente:

—Vamos, nuestro buen Oto... Vamos, lo peor ha pasado.

Todos se levantaron y todos abandonaron el cine, a pesar de que el abatido acomodador Simonović no apareció para descorrer la cortina azul marino y abrir la puerta, según el reglamento *Sobre las medidas y el comportamiento a seguir en caso de emergencia*. Así, todos se enredaban y desenredaban interminablemente de los pliegues polvorrientos de terciopelo azul, todos parpadeaban por el brusco cambio de luz, por lo que a muchos no les quedaba claro por un rato si en realidad habían salido o entrado de nuevo en algún lugar.

Afuera, en la calle, no había nadie que caminara con paso normal. Todos corrían. Sin embargo, no daban la impresión de saber precisamente hacia dónde iban.

La responsabilidad

Como ya dije, no puedo recordar el título de la película proyectada. Aunque si lo pienso bien, no sería de ayuda decisiva, porque tampoco puedo discernir cuánto de todo lo dicho fue la película misma, cuánto la historia y cuánto el intento de contar algo.

Sólo sé que alguien, en lugar de todos, debió ser declarado culpable. Se reunió la Junta de la Unidad de Trabajo. Se estuvo discutiendo y evaluando minuciosamente cuál fue la postura de cada quien en el momento decisivo. Los del cine Ibar se lavaron las manos en seguida diciendo que ahí todo pasó como debía. Y en Sutjeska faltó poco para que se organizara una reconstrucción del evento. Pero, para no llegar a exagerar, en la junta prevaleció la

opinión de que había que llamar a responsabilidad disciplinaria de inmediato —a quién más que— a Simonović.

Primero, a él no lo iba a defender nadie con excepción de Momirovac. Y luego, todo lo demás. No estuvo en su lugar de trabajo, junto a la puerta. Puso en peligro la seguridad de los visitantes. Pudo haber cundido el pánico... Además, alguien recordó en el último momento que por culpa de Simonović, y sumamente inadecuado para la gravedad de las circunstancias históricas, todos se estuvieron enredando y desenredando de la polvorienta cortina azul.

Y tal vez todo ese proceso habría pasado justo como debía, es decir «así», con una reprimenda, porque nadie quería cargar en su conciencia con un hombre viejo a punto de jubilarse, si Simonović no hubiera empeorado su propia situación. El procedimiento exigía que él también debiera expresarse. Todos esperaban una confesión de arrepentimiento, «lo siento, violé la obligación laboral», y semejantes palabras comunes. Tra —la— la. Ni más ni menos. Eso habría sido suficiente para que se le perdonara y olvidara todo. Pero Simonović, tal vez por abatimiento o quién sabe por qué, se obstinó y para la siguiente reunión escribió más de setenta páginas explayando su «punto de vista». Empezó:

—Declaración.

Miró a su alrededor, y luego continuó:

—Cuando hace mucho tiempo empecé a trabajar como acomodador, algunos de ustedes ni siquiera lo recuerdan, cuando por primera vez me paré junto a la puerta de entrada del cine Sutjeska, me sentí orgulloso, como creo que se siente orgulloso San Pedro junto a la puerta del paraíso mismo...

Todos tosieron significativamente. La taquillera Slavica puso sus ojos en blanco. En vano, Simonović no entendió que ya con sus primeras palabras pisó el camino equivocado y que con cada nueva que pronunciaba, se precipitaba hacia su ruina:

—... consideraba que realizaba una tarea noble al ayudar a la gente a entrar, instalarse cómodamente, dejarse ir a un mundo

diferente, mucho más bello, y todo eso lo acepté como mi obligación suprema; sin embargo, despacio...

Y a partir de ese «sin embargo», el acomodador Simonović comenzó a enumerar cuán decepcionado estaba. Mencionaba todo tipo de cosas, no en un orden particularmente determinado; el comportamiento, las navajas, los chicles pegados, las cascaritas de pepitas de girasol y otras semillas, los cucuruchos arrugados, cuánta cosa se le ocurría a la gente hacer en la oscuridad (cuando piensa que nadie la ve), la arrogancia, las películas cada vez peores así como el cada vez más malo repertorio general, la falta de opciones a escoger, la desconsideración, la excesiva adulación, y luego la excesiva propaganda, qué tanto se actuaba y qué tanto se dirigía, si era posible mirar las desgracias ajenas y a la par tragarse palomitas, lo averiado de los seguros de extintores, la cada vez menor preocupación por el prójimo, el nunca investigado robo de diez metros de manguera del hidrante contra incendios, el vergonzoso estado de los tanques de inodoros en los baños, el desleal hablar tras la espalda, la necesidad de introducir de nuevo, aparte de las entradas, los boletos reservados de asientos (para que cada uno supiera dónde era su lugar), el imperativo de no salirse durante los créditos (para ver quién había hecho qué cosa exactamente), la cantidad de gente que no comprendía nada y la cantidad de los que reservaban la comprensión sólo para sí mismos...

Simonović estaba enumerando todo tipo de cosas en más de setenta páginas sin un solo punto, sólo las comas abundaban por todas partes, pero donde más se detuvo fue al hablar sobre la negligencia respecto a la bellísima ornamentación, sobre la imagen del universo en el techo del cine. Con eso concluyó:

—... y no sabemos cuidar lo que nos fue dado, de modo que si tuviéramos a nuestra disposición el mismísimo paraíso, no sería muy diferente.

Tal vez Simonović realmente no entendió lo que debió decir, lo que a la gente le hubiera agrado escuchar, pero tal vez se había

hartado. Da igual. No hubo persona que no se sintiera ofendida con esa «Declaración» suya. Todos callaban. Y ese silencio podía significar sólo una cosa: al contarse los votos secretos, en lugar de pasar con una reprimenda, Simonović fue despedido tal cual. Aún más, al pasar la taquillera Slavica le zahirió con mordacidad:

—Andas fantaseando mucho últimamente. ¡Nosotros no necesitamos a San Pedro! Cuéntaselo a otros...

No se sabe dónde terminó Simonović su vida laboral. Lazar Lj. Momirovac quiso defenderlo, lo estuvo convenciendo de que presentara una queja, que él iba a ganar «el caso» a como diera lugar, que con toda seguridad podía esperar tanto la satisfacción moral como la indemnización. Tan sólo debía darle el poder y él se iba a hacer cargo de esa «chusma».

Fue en vano. Simonović no tenía ganas. Estaba abatido. Lo que los médicos denominaron como una depresión. Descuidada a tal grado que se había vuelto crónica. Por eso, si es que aún sigue entre nosotros, dudo que algo haya cambiado en ese respecto.

Otra cosa que sé, por ejemplo, dónde se encontraba el compañero Avramović

Sé que el compañero Avramović, cuando el tamaño funeral del presidente por fin había acabado, cuando todos los estadistas regresaron cada uno a su lado del mundo, cuando se terminaron los días de luto... sé que después de todo, el compañero Avramović siguió yendo al cine para sentarse en la primera fila, para mantener los ojos cerrados con la expresión radiante en su rostro y, de vez en cuando, levantar el brazo derecho empleando con orgullo más de sesenta músculos, incluso con más aplicación y orgullo que antes porque ahora todos, cada uno dentro de nuestras posibilidades, teníamos que afanarnos cual héroes del trabajo y esforzarnos para compensar esa pérdida.

Así, a principios de los noventa, Avramović se encontraba por casualidad en otro cine, el Ibar, donde en lugar de la proyección de una película tenía lugar la reunión de fundación del consejo municipal de un partido de oposición. Tal vez porque (por error) estaba sentado en la primera fila, tal vez porque daba la impresión de un hombre convencido de sus posibilidades (ilimitadas), tal vez porque no pedía la palabra, pero era el primero en votar cada asunto (con presteza), tal vez por todo esto, fue elegido para la junta directiva. Al despabilarse, al despertarse de su duermevela, sólo le quedaba recibir las felicitaciones a las que contestó:

—Gracias. ¡Por fin ha llegado nuestro momento!

Después le pasó lo mismo unas cuantas veces más. Donde fuera que se quedara, en toda reunión, además, de partidos diferentes, elegían a Avramović, probablemente por ser un hombre de máxima confianza e indudable experiencia, para los puestos de mayor responsabilidad. Así, siempre «visto» en la primera fila, con los ojos dichosamente cerrados, en todo momento dispuesto a votar en «pro», cambió varios partidos... Cuáles, no tiene sentido enumerar, porque esa lista caducaba cada mes y por lo que se ve desde aquí —está lejos de terminar.

En lugar de las últimas palabras

Sé que Bodo se murió. No como era de esperarse, de una enfermedad hepática. Ni siquiera su corazón se había debilitado. Aunque siguió bebiendo sin medida, parece que no fue el alcohol el que acabó con él. Al contrario, «se fue» completamente sobrio. Sus camaradas afirman que justamente eso lo aniquiló. En una ocasión en que no se había «nivelado», en que había decidido dejar el vicio, en que no había tomado el trago por sólo dos días y vio el mundo de sopetón, se murió al instante de derrame cerebral y en lugar de las últimas palabras emitió un chillido con toda la fuerza que le quedaba. Así, fuerte, con dos dedos.

Los trabajadores de los cementerios se esfuerzan con todo su empeño por olvidar los entierros. No lo logran, pero se esfuerzan. Pero el funeral de Bodo no sólo lo recordaban con alegría, sino que lo contaban y volvían a contarla un sinfín de veces, complementando palabras uno al otro todo el tiempo, y si a alguien le importa tanto, que separe las voces que pertenecían a cada uno de ellos:

—El sol ardía... La tierra estaba seca... No había llovido durante un mes...

—Le digo al colega: «Dime Gorča, ¿qué haremos? Esto va a ser difícil. Ojalá el pope Miro no llegue antes de que terminemos...»

—Apenas logramos clavar las palas para cavar una fosa para el ataúd...

—Cuando...

—Oigo el sonido de un golpe metálico contra el cristal...

—Tratamos con las manos, con más cuidado...

—Resulta, una botella. Sellada.

—Llena hasta el cuello, sólo hay una burbuja, como un frijol, incluso más chica que la burbuja del más preciso nivel alemán.

—Le doy una probada. ¡Chasqueo con la lengua! Sí, el aguardiente de Lazak. El mejor. A juzgar, reposado, de unos quince años...

—Realmente no escatimó. ¡Ese tipo de agasajo es rarísimo!

—Sabes, hay gente que ni siquiera quiere mirarte...

—Caray, amigo, no quieren traerte ni un vaso de agua con ratluk^[*]...

—Y éste, fue un hombre bueno, generoso.

—Por eso le cavamos una fosa como debe ser para que la tierra no lo picara, para que se sintiera cómodo.

—Trabajamos, vaya que trabajamos, ¡pero lo hicimos bien!

—Lo único... No logramos entender... ¡¿Cómo es que ese Bodo suyo supo no sólo cuál sería su parecida sino hasta la fosa misma?!

Sólo había que llegar, siguiendo el sistema de coordenadas, de un punto a otro sin contratiempos. Pero a pesar de que muchos

habían buscado por todas partes, absolutamente nadie logró encontrar el plan de Bodo con la distribución de las «bases». Sólo alguno que otro suertudo, aún hoy en día, se topa por casualidad con sus reservas de «recursos para la nivelación de la realidad». Por aquí un litrito, por allá un medio, acullá un «frasquito»...

A propósito, mientras a los demás difuntos los deudos les prenden velas, dejan flores, manzanas, pastelitos, cigarrillos, periódicos, azúcar en cubitos y semejantes «contribuciones para el más allá», junto a la modesta lápida de Bodo alguien deja con reiteración lentes de sol. Lentes baratos, sencillos, de plástico, comprados en un puesto callejero. Y pese a que de vez en cuando otro alguien los roba, el primer alguien hace todo de nuevo. Como si Bodo no debiera quedarse en el más allá, por un instante siquiera, sin sus lentes de sol.

Tan lejos que jamás ha regresado

¿Quién? ¿Veyka? Sé que desapareció. El cielo se nubló desde el poniente, del lado de Čačak. La repentina tormenta de verano sorprendió a Veyka en medio de la plaza principal de la ciudad. Al descubierto. Aunque, como siempre, estaba en el lugar de su domicilio fijo, en la inmensa gabardina, número de casa XXXL, no logró refugiarse del viento. En los cercanos bancos, tiendas o el lobby del hotel Turist no lo habrían aceptado. Ligero, voló en un santiamén contra su voluntad. Tan sólo alcanzó a soltar el ovillo de estambre rojo de su bolsillo. Unos niños cogieron el ovillo y Veyka, con el otro extremo atado al ojal de su solapa, volaba como una cometa. Ora abajo ora arriba. La gabardina demasiado holgada se inflaba por completo. Luego se desinflaba. Y volvía a tensarse. Desde abajo lo jalaban y soltaban. Los niños jugaban con Veyka como si fuera una cometa china.

Veyka, a su vez, abría los brazos y flotaba. Hacía maroma y media. Como si estuviera en una exhibición aeronáutica. Hay gente

que afirma que cuando Veyka se libró del miedo, gritaba desde arriba:

—¡Ea, gente, esto es buenísimo!

Hay otros que afirman que iba sacando el cambio de sus bolsillos, que las monedas resonaban contra los techos de los edificios alrededor de la plaza, de modo que conforme el peso muerto se iba disipando, Veyka se iba alejando. También hay aquellos que agregan que estando arriba prolongó los hilos rojos dos o tres veces, según la cantidad de ovillos que tenía consigo.

Sin embargo, un poco antes de que el viento amainara, antes de que empezaran a caer las primeras gotas de la cálida lluvia de verano, el estambre se rompió y Veyka desapareció revolteando incontrolablemente por ahí, por allá. Sí, afortunada o desafortunadamente, antes del comienzo de la lluvia, una lluvia tan gruesa que hasta podía aplastar a los pájaros, el estambre rojo se rompió y en un abrir y cerrar de ojos, Veyka se perdió lejos en alguna parte.

Tan lejos que jamás regresó. Probablemente por su propia voluntad. Porque hay quienes juran que Veyka fue visto por ahí o por allá volando, planeando por el cielo en aquella gabardina suya, demasiado amplia, todavía gritando:

—¡Ea, gente, esto es buenísimo!

Desde luego, hay otros que no creen en todo esto. Allá ellos. Que así quede. Veyka no ha perdido nada con eso.

Películas dobladas

Gagui y Dragan entraron a Italia sin pasaporte. Se mudaban de una ciudad a otra para escapar de la deportación.

Al inicio, Gagui mendigaba frente a las majestuosas catedrales. Luego hacía los trabajos más difíciles en construcciones, sin ningún contrato ni seguro de vida. Por ejemplo, iba repartiendo entre los albañiles cubetas de mortero para las fugas en las paredes de esas

mismas catedrales. Varias veces estuvo a punto de accidentarse, a punto de resbalarse del andamio. Sin embargo, desde arriba se veía cuán bonita era la vida. Gagui reflexionaba, calculaba una y otra vez, si por casualidad se cayera, cuánto tardaría hasta abajo... Diez... Veinte segundos... No más... Y juró que durante esa posible caída no iba a gritar ni manotear, sino reír y reír por lo que le faltara para morir. Ahí la vida era bonita y había que aprovechar cada instante.

Y lo de Dragan era cosa sabida. Le leía a Gagui los ingredientes que contenía cada tipo de pizza, y cuando se iban al cine le traducía lo que decían en la película. A diferencia de nuestras costumbres, allá las películas extranjeras no estaban subtituladas, sino dobladas. Dragan vivía a costa de Gagui: en relación con las necesidades básicas —con lujo. Gastaba en mujeres, juego y vino. Pero detrás de esta tríada, nunca hay suficientes ceros. Por eso Dragan justificaba las exorbitantes sumas con las supuestas clases particulares de italiano. Afirmaba que para poder traducir con una mayor fidelidad, necesitaba estudiar más a fondo los matices, ya que, precisamente por Gagui, no quería tener duda alguna.

—Uh, las lenguas extranjeras son más difíciles que las nativas —decía cuando su compañero regresaba cansado del trabajo, siempre estudiando acostado en la cama, sosteniendo el libro *Gramática italiana*, o aquel *Lo Zingarelli* —*Vocabolario della lingua italiana*, aunque en los dos escondía los cómics, *Il gatto Garfield*, o algún otro con la menor cantidad de palabras posible.

—No la tienes fácil... Pero no te mates tanto sólo por mí... ¿Has comido algo?, ¿quieres que vayamos a tomar un trago? —Gagui siempre estaba dispuesto a aliviarlo de tanto esfuerzo.

No obstante, Dragan jamás aprendió más de una centena de palabras, jamás avanzó más allá del tiempo presente, de los números sencillos y del pronombre io. Lo cual no le impedía que, con toda autoridad, tradujera «simultáneamente» lo que decía cada quien. Gagui estaba agradecido. Y contento. Más que contento. Todo el mundo podía decir lo que quería, pero para su amigo

analfabeto, Dragan hablaba italiano como el papa, incluso más que eso, «como Haile Selassie, emperador de Etiopía».

Para los dos, Italia era la tierra prometida. Para los dos, Italia era la tierra de los sueños. En Italia, la vida era bella y era un pecado no aprovechar absolutamente cada instante. Aparte de eso, en Italia no estaba el aburrido señor Djordjević para molestarlos desde la quinta fila «para meter sus narices por todas partes e interferir en la acción de la película».

Reprobado con uno de calificación

Pero hacia el final de su vida, el mencionado señor Djordjević «quedó un poco pirado». Leyó de nuevo, palabra por palabra, todos esos tamaños libros, todos esos volúmenes que estuvo enseñando con fervor a generaciones de alumnos. En realidad, empezó desde el inicio mismo, decidió volver a aprender el alfabeto, volver a aprender la lengua, desde el abecedario... desde la gramática hasta la ortografía... pasando por la literatura para niños... luego leyó de nueva cuenta, de tapa a tapa, a escritores nacionales y extranjeros, a Homero y a Dante, a Cervantes y a Shakespeare, a Dostoievski y a Mann... prestando particular atención a Rabelais. En cada uno de los libros subrayaba con diligencia los renglones más significativos, apuntaba observaciones en los márgenes y sacaba conclusiones en miles de hojas de papel.

Y cuando terminó todo eso, cuando se atrevió a decirse a sí mismo que había renovado su material escolar, empezó a visitar la escuela donde antaño trabajaba. Y sacó del archivo, en realidad del sótano de la preparatoria, todas las composiciones escritas de todas las generaciones que estuvo instruyendo durante décadas en lengua y literatura, todos esos centenares y centenares de cuadernos de ejercicios, y los revisó de nuevo. Se lo permitieron por compasión. Decidieron que podía utilizar un cuartito creado por la división del patio interior, de tamaño justo para que cupieran un

banco y una silla desechados. Que hiciera lo que quisiera con tal de que no interfiriera en el programa escolar, a quién le importaban esos temas viejos y cuadernos invadidos por el moho. Que hiciera lo que quisiera si ésa era su voluntad, que revisara de nuevo todos y cada uno de ellos, palabra por palabra. Sin embargo, por muy cuidadoso que fuera el profesor de lengua serbocroata y literatura yugoslava, prematuramente jubilado, no logró encontrar el error.

Así se murió el señor Djurdje Djordjević. Convencido de haber pasado algo por alto, de haber omitido algo. Es decir, de haber aprobado a alguien fácilmente, «así nomás». Fue demasiado estricto hasta el último momento, tal y como lo consideraban. Antes que nada, consigo mismo. Al fin y al cabo, calificó su propia vida con la palabra «¿Vivió?», después de lo cual reflexionó un poco y añadió: «¡Reprobado con uno de calificación!».

Los herederos se repartieron los bienes inmuebles «por acuerdo» antes de pelearse. Y la herencia que nadie quiso, la voluminosa biblioteca y aún más voluminosos fajos de apuntes, fueron regalados al Fondo de su lugar natal. Probablemente todo aún sigue ahí, se necesitarían años para estudiarlo y ordenarlo.

¿Tenemos papel aluminio?

Sé que Eraković, después de un sinfín de intentos, finalmente logró llegar a ser un artista renombrado. A decir verdad, no del cine, sino plástico. Una noche se «iluminó» de sopetón. Despertó a la Eraković con una pregunta febril:

—¿Tenemos papel aluminio?

—¿Qué? —dijo la Eraković, soñolienta.

—¡Mujer, despábilate! ¡Siento que estoy a punto de crear!

¿Tenemos papel aluminio en casa? —repitió Eraković.

—La semana pasada compré un rollo completo, no lo he empezado siquiera —contestó la Eraković; luego se levantó y se echó la bata sobre los hombros para hacerle compañía a su esposo.

Esa noche sin sueño, en su pijama liso a rayas, con el cabello revuelto, manos temblorosas, en un fuerte arranque de inspiración, Eraković desenvolvía y despedazaba aquel rollo de diez metros de largo, treinta centímetros de ancho y diez micrones de grosor. El resultado fue múltiple: exactamente treinta y tres retratos. De formato pequeño. Después, enmarcados con lujo. Pero antes de eso, mientras aún no los veía bien enmarcados, la Eraković se atrevió a dudar:

—¿Son autorretratos?

—¡Acaso no ves que me reflejo en ellos! —Eraković acercó más una de las delgadas láminas a su rostro—. Para tu información, yo llamo esto una intervención de la personalidad del artista en el espacio.

Eraković tituló la exposición con modestia: «Los Eraković». La crítica plástica estaba asombrada. Los periódicos de la capital escribieron sobre él. Eraković daba entrevistas jactanciosas. Posaba frente a las láminas de papel aluminio enmarcadas. En cada una de ellas se multiplicaba al infinito. Decía que «una voz angelical duplicada» lo estuvo llamando toda la vida para que hiciera algo parecido. Todo eso se supo en el extranjero. A pesar de que el país estaba aislado, la exposición «Los Eraković» visitó varias capitales europeas. Donde también atrajo atención especial y debido respeto.

Por cierto, Eraković jamás logró repetir algo parecido. No se le «dio». Pese a que la Eraković, para ayudar, compró todas las reservas de papel aluminio y «tablas» de celofán en el supermercado vecino. La cajera le dijo con envidia:

—Vecina, ¡vaya encurtidos que va a preparar!

La Eraković, antes una persona modesta, no se reconoció a sí misma cuando le contestó con bastante arrogancia:

—Empaque y cállese. ¡Acaso cree que voy a hablar de arte con usted!

La bala que rebota sin cesar

Tal vez Eraković no fue capaz de repetir el éxito de su primera exposición porque nunca más escuchó «las voces angelicales duplicadas». A saber, Ž. y Z. murieron como soldados de JNA^[1] en uno de los primeros conflictos durante la disolución de Yugoslavia.

Jamás se llevó a cabo una reconstrucción de los hechos. Pero los testigos afirman que fue por una sola bala. Una bala única que rebotó así como así, por travesura. Disparada de lado, quién sabe cuándo y quién sabe de dónde. Tal vez hace muchos años. Tal vez hace muchas décadas. Aunque no habría que perder de vista tampoco los siglos.

De donde fuera que hubiera llegado, la bala pasó zumbando, rebotó contra una placa de metal, en realidad, el letrero de la aduana: «Bienvenidos a la República Federal Socialista de Yugoslavia», después de lo cual se desvió «rozando» la cúpula del vehículo de guerra blindado de la unidad de tanques recién llegada, luego cambió de dirección caprichosamente, apenas «chasqueó» el casco de «un observador de guerra», en realidad, el periodista de la CNN, entonces, otra vez contrariamente a todas las leyes de la balística cambió de dirección, perforó varias pancartas con las mismas, pero trágicamente diferentes, palabras: «¡A cada quien lo suyo!», pancartas de papel de dibujo que portaban los grupos opuestos de manifestantes, para que apenas «tocara» la sien del soldado Ž., rebotara de nuevo y «rozara» la sien del soldado Z.

En ese caos nadie supo por dónde siguió después la bala. Y a cuántos más ha matado. Y a cuántos más, y bajo qué ángulo, mataría en unos años. Tal vez en unas décadas. Aunque no habría que perder de vista tampoco los siglos.

En aquel entonces, Ž. y Z. sólo desfallecieron. No parecían muertos, pero lo estaban. No, si no contáramos las manchas de sangre en sus sienes, no se parecían en absoluto a unos jóvenes muertos. Al contrario, los dos con sus cabezas descubiertas, con sus bocas abiertas, parecían decir de manera infantil:

—Por favor, quiere bajarse un poco, por usted no vemos nada...

Cuando la guerra se redujo a los límites de la paz

Ibrahim, su mujer y Jasmina abandonaron la ciudad durante la guerra. Los excelentes, los más grandes šampite, el diploma del donador de sangre, el único rótulo en cirílico que quedaba en su calle —no fueron pruebas suficientes de lealtad. Lo último era, inclusive, el motivo de constantes sospechas:

—¡¿Trata de adularnos?! ¡¿O trata de contrariarnos?! Nadie entendía que Ibrahim no cambiaba el rótulo de «Mil y un pasteles» porque nos respetaba. Aunque, al ver tanto alfabeto latino a su alrededor, con el que empezamos a competir entre nosotros, él mismo estaba confundido: ¿acaso había alguna manera de complacernos?

Noche tras noche, Krle Abrichter amenazaba con que iba a cortar manos. Una vez entró en la pastelería de Ibrahim, ordenó y se comió tres šampite, se tomó un tarro de boza^[*] y, rehusándose a pagar, le comunicó a Ibrahim:

—Si tu mujer no me muestra esta noche el tatuaje que tiene en su brazo, por la mañana vengo a verlo por mí mismo. ¡Completo y todo lo que yo quiera!

Ibrahim no dijo nada. Se aguantó. Al día siguiente se fue con Jasmina. Y con su mujer. En la vitrina con refrigeración dejó una notita con instrucciones detalladas:

«Los šampite están frescos. Primero habrán de comerse las galletas ischler...»

Después, cuando la guerra terminó (más precisamente, cuando se redujo a los límites de la paz), después de todo eso.

Krle Abrichter juraba y perjuraba que Ibrahim se fue por su propia voluntad... Que por fin había ahorrado el dinero para el largo viaje a América dónde buscaría al único hombre, aparte de él mismo, que conocía hacia dónde y cómo se extendía el dibujo tatuado en el brazo de su mujer.

—¡Yo no los eché de aquí! ¡Además, para qué lo escondía! ¡¿Cómo yo sí puedo mostrar todo ante todos?! —se desabotonaba la camisa Krle ofreciendo los dibujos en su piel a la vista de la gente.

El hueco

Pero eso fue después. No sólo en referencia al tiempo. Hay que decir que eso fue después también por el hueco que había en el cine Sutjeska, entre la fila de asientos nueve y la diez. Por lo mismo, tendría que haber uno también en esta historia. De la cual ya no estoy tan seguro qué tanto es una historia y qué tanto una película montada de un montón de encuadres descartados por descuido, y luego desechados...

Otra cosa que sé, por ejemplo, qué pasó con los anillos de árboles seculares

—¡Yo no los eché de aquí! ¡Se fueron solos! ¡Además, para qué lo escondía! ¡¿Cómo yo sí puedo mostrar todo ante todos?! —se desabotonaba la camisa Krle justificándose por un tiempo, ofreciendo los dibujos en su piel a la vista de la gente.

En el cuello, pecho y en los brazos de Krle estaban finamente punteados, sin un orden particular, los nombres de chicas ya desteñidos, el símbolo del «yin y del yang», una sirena sobre una roca, los signos del juego del gato, una mancha indefinida, el anticuado escudo nacional, la unidad, el lugar y la fecha de su servicio militar, personajes de sus comics favoritos, un bicho alado... Y por supuesto, el dibujo más grande y más próximo a su corazón: un corazón atravesado por una flecha.

Totalmente acorde con su terrible apodo, Krle Abrichter amenazaba cada vez que podía con «hacer brotar la sangre». Luego se dio cuenta de que eso no era nada especial, sobre todo no

era algo provechoso. Tal vez para que no pareciera que había traicionado sus ideas, se volcó hacia negocios parecidos. Fundó un aserradero de madera para la construcción. Cortaba sin piedad los árboles más sanos, primero en los cerros aledaños, y luego por todas partes donde «lograba tramitar» el permiso para su explotación. Llegaban camiones. Nos destruyeron caminos de por sí malos. Se llevaban los anillos seculares de árboles aún húmedos. Generalmente al extranjero.

Krle Abrichter se hizo rico. Ya no iba al cine. No tenía el valor. Por eso, en su villa bien protegida, una verdadera fortaleza, tenía su sala de cine personal con unos quince sillones tapizados de cuero de venado. Sólo que tampoco ahí podía llenar aunque fuera un solo asiento, porque no tenía suficientes amigos de confianza con los que pudiera ver películas y estar sentado en la penumbra. En lugar de las películas, seguía sin parpadear sólo lo que grababa su cámara de seguridad, colocada en todos y cada uno de los rincones de su casa.

Lo «despacharon» una noche, de manera cruel, con una sierra eléctrica Stiehl, cuando acababa de salir de su jeep blindado. Se decía que era por esto o aquello, pero la verdadera razón fue que Krle se había metido en bosques que pertenecían a otro Abrichter local.

Una variación del reflejo condicionado de Pavlov

—*Nomen atque omen!* —dijo en esa ocasión el abogado Lazar Lj. Momirovac.

Había defendido a Krle varias veces en juicios. Y después, defendió al otro, al que acusaron de haber despachado a Krle. Seguía ceñudo, tal vez porque para entonces, en esos años noventa, había comprendido mejor que nunca hasta dónde podía llegar un hombre, y desviarse.

Quizás ésa fue la razón decisiva de su determinación de jubilarse. Una mañana lo decidió abruptamente. Se fue a su oficina y de ahí no salió durante tres meses enteros hasta escribir la solicitud para que lo borraran del directorio de abogados, y luego, cientos y cientos de comunicados a todos sus antiguos clientes, a todos los que representó desde el inicio de su práctica legal. En cada una de esas cartas que envió por correo certificado, refirió detalladamente cuán asqueado se sentía por sus actos, concluyendo que en ese momento se arrepentía de haberlos defendido en absoluto. Después, tras haber terminado esa correspondencia voluminosa, canceló la suscripción al Diario oficial y llevó su máquina de escribir al contenedor de basura cercano, tirándola con visible satisfacción. La campanita que marcaba el final de cada renglón se anunció por última vez. Al final, Momirovac quitó su diploma de jurista de la pared, se fue a Correos y de paso entró al departamento de anuncios de Noticias de Ibar: puso el local de su oficina en venta por debajo de cualquier precio real. En Correos le dio una propina generosa a Oto para que se esmerara en envolver su diploma, el cual envió sin remitente a la Secretaría de la Facultad de Derecho, Bulevar Revolucije 67, 11000 Belgrado.

Por lo demás, Lazar Lj. Momirovac continuó con sus citas latinas (Albin Vilhar, editado por Matica Srpska, colección «Provecho y esparcimiento»). Esta vez mordaz con su propio lado, hasta el día anterior, derechista. Pronto pasó de ser «aquel četnik» a «aquel comunista». Mofándose del compañero Avramović, quien progresaba gracias a «la variación del reflejo condicionado de Pavlov» de levantar el brazo cual si votara, Lazar Lj. Momirovac se volvió nuevamente el «objeto» de permanente vigilancia por parte del Servicio de Seguridad.

Incluso fue por primera vez arrestado e interrogado porque en una cantina, con un *schpritzer* y tripas, dijo:

—¡¿Avramović?! Es un verdadero hombre Matrioshka. Justo piensas que eso es todo, que no hay nada más, que no pueden caber más formas humanas en una persona, cuando hop-la, ¡en él

siempre existe otra variante humanoide aún más pequeña! Tal vez ahora muchas cosas son diferentes, pero en el sentido humano aquí nada ha cambiado.

Exorcismo

Sin embargo, no todo quedó sin cambios. La flaca Nevajda Elodija por fin cedió, y accedió al cortejo del gordito Njegomir. Simplemente, una noche soñolienta, la que había terminado la Academia de Música, grupo de canto solista, toda ella como una composición fastuosamente iniciada y jamás concluida, le dijo a él, un roquero en desistimiento, baterista circunstancial para las bodas y despedidas, le dijo a ese tal él:

—¡Golpéeme! ¡Hágalo con toda fuerza!

Así que Njegomir le aplicó su ritmo más fuerte, el cual Elodija no había sentido jamás en su vida solitaria. Utilizó todo lo que estaba a su disposición: baquetas de distintos tamaños, la cosquilleante escobilla de metal y finalmente, la maza de fieltro. Pero resultó que conseguía los mejores efectos de manera antiguada, inmediata, con las puras manos desnudas.

Los cambios se iban dando muy despacio. Primero, debido al fuerte ritmo vertiginoso de Njegomir, Elodija perdió la eterna contracción del diafragma. Su voz simplemente «prorrumpió» y de pronto, ella empezó a cantar. Temblaron todas y cada una de sus membranas celulares. Y entonces, dejó de comportarse como una perdiz. Llegaba a todas partes, sobre todo a la cama de Njegomir, al menos diez minutos antes y se iba por lo menos diez minutos después de todas las expectativas. Luego presentó una solicitud de cambio de apellido en el Ministerio Público. Se quitó aquel Ne y se volvió Vajda Elodija.

Sin embargo, para Njegomir, la ahora Elodija Vajda no se volvió menos misteriosa. Él «golpeaba» y «golpeaba» sin jamás dejar de sorprenderse con los tipos de ritmos salvajes que podía «sacar» de

ella. Todo eso tuvo como consecuencia que ella se redondeara, y él de algún modo se demacrara. Con todo y los sobrados agasajos para los músicos en las bodas y despedidas. No obstante, a él no le molesta ha, y a ella, evidentemente le agradaba.

—¡Strucutu-strucutu-kss... tutula tutula-pss... ba-pa-bas... tras! —Njegomir cambiaba el modo de percusión cada noche ora apenas rozando la piel estirada de Elodija, ora sacudiéndola con agilidad y firmeza a la vez, ora «obteniendo» de ella sordos suspiros triunfales, ora combinando absolutamente todo lo que sabía, algo entre el rock intenso, improvisaciones de jazz y el ancestral llamado original.

Y a los dos les agradaba, sin importarles la música con la que los demás mataban su tiempo.

El valor del envío

—Creen que Oto eshtá loco, pero Oto she ríe, ríe...

Eso ya lo habían oído todos probablemente. Oto ha vivido asustado durante años. Se cubría los ojos con las palmas de las manos. Mientras tanto, empacaba paquetes. En los peores tiempos solía hacerlo gratis. Las divisiones se multiplicaban, los países también, cada mañana alguna ciudad amanecía fuera o dentro de una frontera nueva, el porte subía según lo dispuesto por las reglas... Sólo Oto no cobraba según el Nuevo régimen de tráfico postal internacional. Decía:

—Todosh creen que Oto eshtá loco, pero Oto she ríe, ríe... Que importa que shea esh otro paísh ahora, entre la gente todo queda ijual.

Tampoco cobraba por la espera, por cuenta de otros, en las filas cada vez más numerosas. Sobre todo no a jubilados. Decía:

—Todosh creen que Oto eshtá loco, pero Oto she ríe, ríe... Oto ya no nesheshita ni un chentavo, tiene para el chine, lo demásh ya lo ha shaldado.

Tampoco esperaba algo de aquéllos en lugar de quienes entregaba sobres para juegos con premios. No se molestó ni cuando uno de esos sacó el premio mayor, un auto muy costoso. No se ofendió tampoco cuando ése no le dio siquiera las gracias. Decía:

—Todosh creen que Oto eshtá loco, pero Oto shólo she ríe, ríe...
De todosh modosh a pie voy a llegar a tiempo a todosh ladosh.

Y resultó que tras Oto quedó mucho en la cuenta de la Caja de Ahorros de Correos. Es decir, justo lo necesario. Porque la inflación devaluó casi todo. Al final, valían mucho más los viejos «anillos» de papel con los que ataban los fajos, que los mismos cientos, millones y miles de millones de los nuevos billetes. Después de calcular el cambio, de restar los ceros, quedó al centavo lo justo para que según el último deseo de Oto, lo cremaran, compraran la urna más modesta, la empacaran, la ataran con una cuerda, la sellaran con una gota de cera rojo oscuro y la enviaran por correo certificado a un país lejano. Los que escribieron la dirección del destinatario en el último paquete de Oto, los que para disminuir los gastos de envío pusieron «1 dinar» en la rúbrica «Valor de envío», afirman que el ejecutor de su última voluntad, en realidad, fue Tršutka. Pero eso vendrá después de lo que sé de los tres alumnos de enseñanza media que antaño se sentaban en la fila catorce.

Placa con apellidos

Destaco sólo una parte de una serie muy larga: Petronijević... Resavac... Stanimirović...

Cada uno en su escuela, por separado, evitaba estudiar las mismas lecciones de historia, mortalmente aburridas. Escuela de agricultura. La de técnicos mecánicos. La preparatoria. No se conocían casi. Tal vez antaño se sentaban juntos, de izquierda a derecha, en la misma fila del cine Sutjeska. Pero lo único seguro es que la historia los reunió para siempre en la placa homenaje que

contenía los apellidos de los caídos en las guerras de los años noventa:

—Petronijević (el que afirmaba que sabía todo, que no tenía que estudiar nada) cayó en Croacia como reservista; había acudido al llamado por no poder olvidar sin más ni más el juramento hecho en el Ejército Popular Yugoslavo, se desangró en un campo de Slavonija herido de muerte por una mina terrestre llamada «la esperadora».

—Resavac (el que afirmaba que tenía tiempo, que iba a aprender todo después) murió como voluntario en Bosnia, no se sabe ni dónde ni cómo, y a juzgar por todo, tampoco por qué, jamás se ha encontrado su cuerpo, y la idea por la cual se sintió llamado se fue desvirtuando poco a poco;

—Stanimirović (el que esperaba que la lenta profesora de historia no llegara hasta su apellido) fue alcanzado por los fragmentos de bombas de racimo de la OTAN como transeúnte, mientras visitaba a sus parientes en Niš; las bombas caían dentro de los límites de error permitido de unos centenares de vidas humanas más o menos...

Una villa de veinte habitaciones

Tršutka. Ya lo dije, menciono sólo su apodo, porque cuando se fue al extranjero se cambió tanto el nombre como el apellido. Así, con todo y el sombrerito de su abuela, guantes de terciopelo de día, un collar de hematita, y la mezclilla nacional. En vísperas de la guerra. Primero nadie oyó nada de ella. Luego, apareció una foto de Tršutka en la portada de una de las revistas más glamurosas del mundo. Estaba rodeada de una multitud de rostros perfectamente bellos de unas chicas casi idénticas. En realidad, las modelos se diferenciaban sólo por las extravagantes creaciones de ropa diseñadas precisamente por Tršutka. Así decía el extenso artículo

en el interior, ilustrado con decenas de lotos a color, titulado: «Balcan dreams by Tršutka».

Combinando lo incombinable, Tršutka se volvió muy pronto el nombre inevitable en los desfiles de moda internacionales. Los bien informados dicen que se enriqueció tanto que podía permitirse casi cualquier cosa. Sin embargo jamás vivió en un departamento que superara veinticinco metros cuadrados. A decir verdad, tenía exactamente veinte de esos pequeños departamentos. En las partes más exóticas del mundo, en las ciudades más interesantes, en los barrios más bonitos. Eso parecía ser su pasión. Tener pequeños departamentos (prácticamente sólo unos cuartitos, baños y vistas) por todo el mundo, más o menos allá donde viajaba por sus negocios, jamás pasando más de veinte días en ningún lugar, yéndose de uno al otro tan sencillamente como si los separara una puerta interior. A veces, en una sola semana, cambiaba siete vistas completas, por ejemplo: desde una ventana al Central Park en Nueva York; desde la otra, a los volcanes de la Ciudad de México, desde la tercera, a los edificios y las fachadas de color granada madura de Florencia; desde la cuarta, al rutilante lago de Ginebra; desde la quinta, al Sena y a la Torre Eiffel adornada como un árbol de navidad gigante; desde la sexta, a un mercado bullicioso en el centro de Marrakech, desde la séptima, a la arena dorada de una laguna del archipiélago indonesio aún sin registrar en los catálogos de las agencias de turismo.

Todos los antiguos novios de Tršutka, y no eran pocos, le escribieron pidiéndole ayuda para obtener visas y cosas parecidas. Jamás le contestó a alguno. Su secretario personal les enviaba a cada uno la carta de garantía debidamente sellada, imprescindible para viajar, así como un cheque con la cantidad suficiente para el boleto de avión y los primeros meses, hasta que encontraran su camino en el extranjero. Pero ella, personalmente, jamás envió una sola palabra a nadie. Un día llegó, en un helicóptero grande, sólo el séquito: ese secretario personal de Tršutka, un famoso médico reumatólogo, dos enfermeras y cuatro negros auténticos como

seguridad, para llevarse a su abuelita. Y otra vez los bien informados afirman que la abuelita pasa sus últimos años de vida rodeada de la mejor atención posible, a orillas de un bellísimo lugar de vacaciones, en una tumbona de mimbre, bajo la sombra de su pequeño sombrero (fieltro rasurado, cinta *gros-grain* color vino, buena fabricación belgradense de antes de la segunda guerra mundial, la casa de modas La Sucursal Parisina).

Además, tal y como se lo había pedido Oto en su testamento, Tršutka se encargó hasta el más mínimo detalle de sus restos mortales. Entregó las cenizas de Oto a las olas marinas. ¿Dónde, dónde exactamente? —ahora ya no es tan relevante. Porque él, quien jamás había viajado a algún lugar, llevado por las corrientes de agua, seguramente ha llegado a las partes más remotas del mundo.

No sé para qué vivo ahora que Tú no estás

La Ćirić fue la primera en la ciudad —tal vez convencida de que así debería de ser y de que el mismo Estado Mayor lo esperaba de ella, ya que estaba en una relación seria con un miembro de JNA— en inscribirse en el libro de condolencias con motivo a la repentina muerte de Tito. Redactó ahí con solemnidad algo infinitamente patético. Algo del estilo de: «No, no me pregunten, ¡no sé para qué vivo ahora que Tú no estás!». Aunque, a decir verdad, tenía intenciones muy serias de seguir viviendo y bastante...

Uskoković se hizo oficial naval. Y de manera regular «llegó a ser» teniente de fragata. Por supuesto, prestaba su servicio en el mar. Y desde luego, la fragata no salía del puerto por tener algunos problemas en su bodega. A juzgar por las fotos de la boda con la Ćirić, era aún más guapo. Recto como un palo, de uniforme blanco, con el gorro propiamente calado (el ancla bordada, arrelijada por un nido de laureles y ramitas de olivo), de guantes blancos... No se quitó esos guantes solemnes ni siquiera la primera noche nupcial ni

en las demás «ocasiones amorosas» con la Ćirić. Así les gustaba a los dos. Para que fuera impecable.

Sin embargo, cuando empezaron tantas guerras, Uskoković fue de los primeros que desertaron. Se quitó el uniforme de «modelo» y se fugó en trajecito de civil. Se llevó solamente el permiso de conducir, con la categoría B debidamente sellada, abandonando para siempre tanto la fragata anclada como a la Ćirić. Ella estuvo desesperada por un tiempo, sintiéndose como una fragata hundida (ésta, abandonada, sin defensas, realmente fue «neutralizada» en una acción valiente del bando contrario).

—¡Ay, pobre de mí, adónde me iré, me siento como si el agua entrara en el cuarto de máquinas! —se quejó en una ocasión con una compañera también casada con un militar.

Y luego empezó a relacionarse con hombres que por la naturaleza de su trabajo llevaban uniformes blancos. Comenzó con los farmaceutas, odontólogos, veterinarios... Después ya no fue tan selectiva... El último en esa fila fue un carnicero. Llevaba una pequeña gorra y un delantal, aunque no tan impecablemente blancos. El carnicero le pegaba salvajemente a la Ćirić todos los días, concediéndole sólo una cosa: cuando hacían el amor se ponía su uniforme sobre el cuerpo desnudo. Para ser sinceros, el delantal le quedaba mal, pero eso no se veía mucho en la oscuridad de la alcoba matrimonial.

El amanecer y el eclipse

No me sorprendería que esos detalles más íntimos de la vida de la Ćirić los hubiera conocido y difundido el mismo Čekanjac. Cuando cerraron el cine Sutjeska, y después por un tiempo también el cine Ibar, Čekanjac ya no tenía dónde andar viendo lo que hacían los jóvenes. Es decir, tenía dónde, pero era peligroso. Una vez se cayó de un árbol cuya copa llegaba hasta el tercer piso de un edificio residencial. Se rompió tres costillas en vano, porque apagaron la luz

después de los primeros besos. En otra ocasión «casi» se ahoga tratando de huir, atravesando el río Ibar, de aquellos a los que «había disfrutado observando» en la playa de la ciudad. La tercera vez, en una alberca, había perforado un pequeño hoyo en la rúbrica de «política interior» de un periódico y a través de ese hoyito se estuvo «deleitando». La cuarta vez estuvo «jugueteando online» en la computadora y «pescó» un virus, por apenas tres minutos de mirar las fotos de bellezas desnudas le llegó una cuenta de teléfono como si hubiera estado diez días completos en Tahití. La quinta vez...

A Čekanjac «le amaneció» cuando las alumnas empezaron a vestirse llamativamente, como mujeres de ciertos barrios. Y cuando las mujeres de ciertos barrios empezaron a vestirse decorosamente, como si fueran alumnas. Fue cuando le amaneció, pero al darse cuenta de que todos los demás podían verlo también en la calle, en la terraza de un café, en las revistas o en la televisión, a Čekanjac se le oscureció todo de nuevo. Trató como todos los demás de ver menos y mostrar más, pero no estaba hecho de esa manera, por lo que sufría aún más. Regresó a las pasiones más inocentes de su juventud, de levantar tapas, furgonear en las cartas y carteras ajenas, andar preguntando...

No me gustaría que me malinterpretaran, probablemente esa «necesidad humana» de Čekanjac no fue una recomendación decisiva, pero le dieron empleo en una organización no gubernamental que sondeaba la opinión pública. Ahí se sentía bien, como que podía ver todo, tener su propia opinión independiente sobre todas las cosas, y a la vez estar protegido de todo, como si estuviera en un enorme *kibitz fenster*^[*].

Quién se sostiene gracias a quién

El Faisán y la Hristina se unieron en matrimonio. Justamente así, en el sentido literal de la palabra. Se unieron en matrimonio. Seguían

siendo como el cielo y la tierra, no se sabía quién existía gracias a quién, pero simplemente existían. Y tuvieron un montón de hijos...

¿Hay algún cuento más corto, que sea más largo y a la vez mejor?

Salva de la guardia de honor

Tsatsa la Capitana despidió a «la persona civil en servicio de las Fuerzas Armadas», es decir a Džidžan.

—¡Váyase! Yo trabajaba, y usted ¡sólo se pavoneaba! —le dijo con los ojos llorosos, al estilo de las más grandes divas del cine, y luego se dio vuelta mirando por una ventana sucia.

Džidžan terminó en un mercado, sumándose a muchos que se quedaron sin empleo, como pequeño intermediario de la tiza china y otros «matabichos». Aún sigue ahí, impecablemente vestido, grita, elogia su mercancía, agita sus brazos como si dirigiera una filarmónica.

Tsatsa la Capitana escribió varias solicitudes, primero dirigidas a la Guarnición militar, luego a la Comandancia Regional del Ejército a la que ésta pertenecía, luego al mismísimo Estado Mayor. Enumeró taxativamente los nombres y los apellidos, las fechas y el tiempo pasado en el «apoyo» a las unidades, describiendo las «posturas» que adoptaba, citando los elogios, incluso los suspiros que escuchaba, es decir, recibía en esas ocasiones. Todo reunido, una carrera impresionante, digna de una novela: alrededor de cuatro mil casos. Con características impecables. Por eso solicitaba que se le reconociera oficialmente su grado, junto con la antigüedad adicional correspondiente. Los «chupatintas» de allá jamás contestaron, ni siquiera se dignaron rechazarla. Cuando se enfermó de una enfermedad incurable (¡Dios nos libre!), Tsatsa la Capitana hizo el último intentó, rogó desesperadamente que al menos la enterraran con honores militares. Los de «retaguardia» siguieron sordos también a eso.

Se podría decir más bien que la pobre descansó, en lugar de que murió. Un coronel loco, del que decían que cuando era capitán fue la cima de la carrera de Tsatsa, sacó un destacamento de honor al cementerio, a pesar de la posibilidad de ser degradado.

—¡Firmes!

—¡Preparen! ¡Apunten!

—¡Salva de honor! ¡Fuego!

—¡Fuego!

—¡Fuego!

—¡Alto! ¡Aseguren!

—¡Descansen las armas!

Las tres salvas fueron impecables. Como tres disparos. En el mero medio. Directamente al rielo. Debieron «turbar» un poquito al mismísimo Señor.

Los casquillos fueron recogidos por unos gitanitos.

Pastel con inscripción en cirílico

Finalmente, Švaba el Montaje se jubiló. Y a partir de entonces como que se avivó. El largometraje que llevaba años montando de los restos de encuadres de otras películas, el largometraje que el mundo jamás había visto, cuya cinta medía más de catorce kilómetros (más precisamente, 14,292 metros) tuvo una sola proyección, en realidad un preestreno al mediodía. Fue el día de la jubilación de Švabić, a la vez el del cierre definitivo del cine Sutjeska. Esa última función no oficial estaba compuesta de una plétora de partes totalmente disímiles, a veces inconexas por completo, como retales de todo tipo, a veces ordenadas según un principio extraño cuyo mecanismo, al parecer, sólo entendía Švaba. Se iban sucediendo unos cuantos encuadres de película de guerra con otros tantos de un western. La tragedia se interrumpía con la comedia. La película de amor se fundía con pornografía suave. Luego aparecían imágenes de una película de muñecos animados

para niños, seguidas de encuadres de noticias fílmicas. Ahí se mezclaban las películas de terror con las partes de documentales filmados para glorificar la naturaleza; una película de suspenso, un drama psicológico, una histórica, las de catástrofes, de ciencia ficción, animadas, de aventuras... cuánta cosa había allí, lo mismo que en la vida, aunque fuera tan sólo por un poco de utilidad. Además, ahí se encontraban también varios encuadres de la película cuyo título no puedo recordar: la imagen de un aborigen, ritualmente pintado de blanco, cavando un pequeño hoyo en la tierra, que se acuesta completamente desnudo para fecundar su terreno.

El orgulloso autor había invitado al estreno de la obra de su vida, de la «versión integral y definitiva de ocho horas de duración», sólo al círculo más íntimo de amigos. A la taquillera Slavica. Al manejador de la carretilla, el transportista de todas las cosas voluminosas, el eternamente cansado Tsale. Y a tres o cuatro cocineras de aquel restaurante de autoservicio que formaba parte del hotel Jugoslavija de antes de la segunda guerra. Švabić recibió y saludó a cada uno de ellos en persona, solemnemente vestido, y visiblemente emocionado.

La taquillera Slavica, a quien Švaba el Montaje había estado contando qué cosas iba a contener su película todos esos años pasados, acompañados de los innumerables cafecitos, no decía ni una sola palabra. Sólo ponía sus ojos en blanco.

Después de las ocho horas de la función, Tsale se estiró, calzó sus zapatos que se había quitado desde el principio, y concluyó:

—Dura justo lo suficiente, ¡descansé a todo dar!

¿Y las cocineras? Esas buenas mujeres con delantales y cubrecabezas blancos, parecidas a enfermeras en aquella oscuridad, habían oído en alguna parte de la costumbre en los estrenos y trajeron algunas fuentes ovaladas con toda clase de comida. Se tomaron un día libre y pasaron toda la mañana preparando. No hubo hojaldres, ni pequeñas salchichas, rebanadas

transparentes de queso, jitomates cereza o cosas parecidas para picar con palillos.

—Aquí está, un pequeño refrigerio para reparar las fuerzas después de todo...

Y lo que le apeteciera a cada quien: pan de maíz, pasta hojaldrada con queso, rodillas de cerdo cocidas en salsa de raíz fuerte con una guirnalda de papa y zanahoria hervida, cabeza de ternera con el menudo, pimiento con ajo, cabrito en leche... Acompañados de un poco de aguardiente de Lazak, tres veces destilado. Servido en vasos desiguales con diseños pintados a mano.

En el mismo final, las cocineras, esas buenas mujeres, sacaron el Pastel de Tsaka sobre el cual estaba escrito con crema chantilly en letras cirílicas TXE EH. Trajeron eso y dijeron:

—Qué lástima, pensamos que íbamos a ser más... Que por lo menos iba avenir el acomodador Simonović.

Pero antes de eso se pasaron toda la película llorando. Mientras del viejo techo del cine Sutjeska, de aquella ornamentación elaborada por manos maestras, de la imagen simbólica del inmenso universo, mientras del Sol, de la Luna, de los planetas, constelaciones y cometas lloviznaban silenciosamente, de un modo apenas perceptible, las cascaritas de cal casi invisibles.

Palabras de clausura u otra cosa que sé

Lo que también sé con certeza es que a principios de los noventa la sala del cine Sutjeska, ubicada en el centro mismo de la ciudad con el nombre cambiado a City-center, estaba en alquiler. Primero como bodega. Después como así llamado local comercial, es decir, tienda. Finalmente, lo cual es al parecer inevitable por estos lares, también como cantina (con lo cual la lista probablemente no se agota, ahí mismo podría organizarse una tómbola, un lugar de apuestas o un banco).

También sé que cada uno de esos usos exigió distintas reconstrucciones. Así que la vieja sala del cine Sutjeska fue remodelada varias veces, y su techo fue «quitado» supuestamente de manera temporal, pero al parecer para siempre. La imagen del universo fue recubierta.

Debería de seguir ahí. Entre el techo parcialmente desplomado y el sistema de placas de yeso ensambladas de manera impecable. La ornamentación elaborada por manos maestras no se ve, pero es probable que siga ahí. Porque, en raras ocasiones, cuando todo se calma, cuando el tamaño cuento que estamos contando se torna silencio, desde arriba parece escucharse que algo fino está lloviznando, lloviznando con insistencia.